



UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA

**MENTES AFECTIVAS: EL LUGAR DE LAS EMOCIONES EN EL
ESTUDIO DE LA COGNICIÓN**

Tesis para optar al grado de Licenciatura en Filosofía

MICHELLE BOETTIGER CODDOU

Profesor guía: Manuel Ernesto Rodríguez Tudor

Santiago, Chile

2023

TABLA DE CONTENIDOS

RESUMEN	iii
INTRODUCCIÓN	1
CAPÍTULO I: ¿QUÉ SON LAS EMOCIONES?	4
i. Introducción	4
ii. Corriente perceptiva	5
iii. Corriente cognitiva	9
iv. Análisis conceptual de la discusión	16
v. Hacia teorías híbridas	21
vi. Conclusión	25
CAPÍTULO II: EMOCIONES, MENTE Y CUERPO	26
i. Introducción	26
ii. Cognitivismo clásico y la metáfora del computador	26
iii. Dicotomía cartesiana permeando la investigación	27
iv. Intentos de superación	31
v. Conclusión	33
CAPÍTULO III: EMOCIONES Y RACIONALIDAD	35
i. Introducción	35
ii. Perspectiva tradicional	35
iii. Hipótesis del marcador somático	37
iv. Conclusión	40
CONCLUSIONES	42
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	48

RESUMEN

La presente tesis aborda la cuestión acerca de cuál es el lugar que tiene el fenómeno de las emociones en el marco de la investigación en ciencia cognitiva. Para ello, se presenta un esbozo de algunas de las discusiones más relevantes dentro del estudio de las emociones. En el primer capítulo “¿Qué son las emociones?”, se expone el debate referido a la caracterización de las emociones. Allí se identifican dos corrientes principales —la corriente perceptiva y la corriente cognitiva—, las cuales intentan esclarecer en qué medida las emociones involucran componentes tales como pensamientos, valoraciones, activaciones fisiológicas, sensaciones subjetivas y aspectos conductuales. Posteriormente, dentro de este mismo capítulo, se analiza la discusión desde un punto de vista conceptual, examinando la posibilidad de optar por una vía disolutoria del debate tras la aclaración del uso de términos en disputa. Además se revisa una propuesta que, más que disolver el debate, busca reconciliar los dos enfoques. En el segundo capítulo “Emociones, mente y cuerpo”, se indaga en el tratamiento que ha tenido dentro de la ciencia cognitiva el problema acerca de la interacción entre mente y cuerpo, y de qué manera el desarrollo de esta discusión ha permeado sobre la investigación de las emociones. Finalmente, el tercer capítulo se adentra en la discutida conceptualización de la relación entre emociones y racionalidad. Se muestra cómo tradicionalmente ambas facultades han sido consideradas dicotómicas, y se revisa una propuesta paradigmática que defiende la idea de que las emociones juegan un rol fundamental en la eficacia de la toma de decisiones y el despliegue del comportamiento inteligente.

INTRODUCCIÓN

Hay registros de que el estudio acerca de las emociones ha sido desarrollado desde, al menos, la Grecia antigua. Ahora bien, pese al paso del tiempo, hay una serie de preguntas en torno a este fenómeno que parecen estar lejos de resolverse. Consideremos algunos elementos que suelen considerarse con frecuencia característicos de los estados emocionales: evaluación (del entorno y del propio organismo), cambios corporales (fisiológicos y conducta observable), experiencia subjetiva y sensaciones, y tendencias hacia la acción. Respecto a estas características cabe preguntarse: ¿son todos aquellos elementos constitutivos y esenciales para explicar la naturaleza de las emociones? Frente a esta incógnita, como veremos a lo largo de esta tesis, no hay consenso aún.

Con el fin de adentrarse en el desarrollo investigativo generado acerca de este campo, se entregará aquí un esbozo de las principales discusiones respecto al fenómeno emocional. Específicamente, se abordarán tres temáticas: la caracterización de qué son las emociones, el problema mente-cuerpo y la relación que alberga con las emociones, y la relación existente entre las emociones y la racionalidad. Cada asunto se trata respectivamente en uno de los tres capítulos de esta tesis: “¿Qué son las emociones?”, “Emociones, mente y cuerpo” y “Emociones y racionalidad”.

En el primer capítulo se introduce la discusión acerca de cuál es la naturaleza de las emociones. Se identificarán y expondrán dos grandes corrientes que responden a este problema: la corriente perceptiva y la corriente cognitiva. Se profundizará en las propuestas de los teóricos representantes de cada corriente, presentando las propuestas de William James y Robert Zajonc, quienes abogan por una perspectiva perceptiva, y las de Robert Solomon y Richard Lazarus, en defensa de la corriente cognitiva. Posteriormente, se realizará un análisis conceptual de la discusión. Los principales conceptos involucrados —cognición y sensación/percepción—, y las distintas maneras en las que pueden ser comprendidos, podrían haber generado la discrepancia originaria. De este modo, nos serviremos de la reconceptualización que realiza Melamed (2016) para evaluar en qué medida esta discusión podría estar fundada sobre falsas dicotomías. Para finalizar este capítulo, se revisará la propuesta otorgada por LeDoux (1994) y la caracterización de las emociones que realiza

Damasio (2013), con lo cual se pretende mostrar de qué manera es posible que se abran vías híbridas para superar el debate revisado.

En el segundo capítulo se presenta un esbozo general de la discusión referida a la interacción entre cuerpo y mente, y qué relación tiene con los intentos de caracterizar las emociones. Para esto, se realizará en primer lugar una exposición de los principales postulados del cognitivismo clásico. Se abordará este enfoque, pues —como se presentará posteriormente— resulta ser hasta el día de hoy el paradigma más influyente en ciencia cognitiva. Luego, se ilustrará el modo en que este paradigma atiende al clásico problema mente-cuerpo y en qué medida seguiría aún permeado por la herencia dualista cartesiana que intenta rechazar desde sus orígenes. Se señalará que esta herencia determina el marco conceptual que se utiliza para el estudio de la cognición y las emociones, limitando así las posibilidades investigativas. Finalmente, se presentará de manera superficial una alternativa enactivista, la cual pretende superar las dificultades del dualismo.

El tercer capítulo se adentra someramente en la relación entre emociones y racionalidad, y cómo estos aspectos han sido conceptualizados a lo largo de la historia. En la segunda sección de este capítulo, se aborda cómo tradicionalmente el ser humano ha sido considerado como un ser esencialmente racional. Esta noción de racionalidad implica la capacidad de comprender, evaluar y resolver problemas mediante la aplicación de los principios de la lógica. Según esta perspectiva, los seres humanos debieran aspirar al ideal de razón que se perfecciona mientras se ignoran elementos perturbadores, como lo serían las emociones y los deseos terrenales. Esta relación dicotómica entre emoción y razón se ha mantenido dentro del sistema de creencias de la mayoría de las personas. Sin embargo, en las últimas décadas han proliferado los intentos por parte de varios investigadores de reconceptualizar la relación entre ambas facultades. Por ello, a modo de exponer el avance investigativo en cuestión, en la tercera sección se expondrá la propuesta de Antonio Damasio acerca de la influencia que tendrían las emociones en el razonamiento humano. En su hipótesis plantea que los procesos involucrados en la toma eficiente de decisiones —especialmente en las decisiones referidas al ámbito social y personal—, dependen de modo fundamental del procesamiento emocional.

Para finalizar, en el último apartado, se sintetizarán las conclusiones recopiladas a lo largo de los capítulos. Se mencionarán las limitaciones de la presente tesis, y se expondrán las posibles líneas investigativas que surgen a partir de las temáticas abordadas, las cuales podrían ser interesantes de desarrollar.

CAPÍTULO I: ¿QUÉ SON LAS EMOCIONES?

i. Introducción

Durante las últimas décadas, la investigación acerca del fenómeno de las emociones se ha incrementado considerablemente. Los teóricos han distinguido que las emociones involucran diversos componentes: activaciones fisiológicas, aspectos conductuales, sensación subjetiva, valoraciones y pensamientos (Rodríguez, 1998). Ahora bien, las relaciones establecidas entre cada uno de estos componentes y, en última instancia, la naturaleza de las emociones son objetos de estudio sobre los cuales no hay consenso aún.

En esta sección, nos focalizaremos en la discusión que gira en torno a la caracterización general de las emociones. Identificaremos dos grandes corrientes que responden a este problema: la corriente perceptiva y la corriente cognitiva. En primer lugar, para analizar esta discusión, se presentará cada una de las perspectivas mencionadas. Se profundizará en los teóricos representantes de cada corriente, presentando las propuestas de William James y Robert Zajonc, quienes abogan por una perspectiva perceptiva, y las de Robert Solomon y Richard Lazarus en defensa de la corriente cognitiva. Posteriormente, analizaremos la discusión en términos conceptuales. Los principales conceptos involucrados —cognición y sensación/percepción—, y las distintas maneras en las que pueden ser comprendidos, pueden haber generado la discrepancia originaria. Así, nos serviremos de la reconceptualización que realiza Melamed (2016) para evaluar en qué medida esta discusión podría estar fundada sobre falsas dicotomías. Luego, para finalizar este capítulo, se hará una revisión de la propuesta de LeDoux (1994) y se mencionará brevemente la caracterización de las emociones que realiza Damasio (2013), con lo cual se pretende mostrar de qué modo se podrían abrir vías para superar el debate revisado.

ii. Corriente perceptiva

Como respuesta al modo tradicional a partir del cual eran caracterizadas las emociones, William James (1884) y Carl Lange (1885), cada uno de forma independiente, elaboraron la denominada “teoría del sentir” (*feeling theory*)¹. Las emociones eran comprendidas, tradicionalmente, como un estado psicológico que es resultado de la percepción de un evento u objeto en el ambiente, el cual, como consecuencia, provoca cambios corporales observables. De este modo, la percepción de algo causa un estado emocional, y este estado emocional causa a su vez la manifestación corporal. Frente a esto, James plantea la innovadora idea de alterar el orden de la secuencia. Así, sostiene que los cambios corporales siguen directamente a la percepción de un hecho desencadenante, y que nuestra sensación de estos cambios según se van produciendo corresponde a la emoción (James, 1884, pp. 189-190). Continúa el autor:

Common sense says, we lose our fortune, are sorry and weep; we meet a bear, are frightened and run; we are insulted by a rival, are angry and strike. The hypothesis here to be defended says that this order of sequence is incorrect, that the one mental state is not immediately induced by the other, that the bodily manifestations must first be interposed between, and that the more rational statement is that we feel sorry because we cry, angry because we strike, afraid because we tremble, and not that we cry, strike, or tremble, because we are sorry, angry, or fearful, as the case may be. (James, 1884, p.190)

La línea argumentativa de esta hipótesis nos plantea el caso de que no sean los cambios corporales lo que sigue inmediatamente después de la percepción. De ser este el

¹ La traducción del término “*feeling*” es problemática. Algunos autores lo traducen como “sentimientos”, lo que podría producir una identificación errónea con el término “*sentiment*”. También suele ser traducido comúnmente como “sensaciones”, pero esta alternativa tampoco es satisfactoria. Como señala Hacker (2009), las sensaciones (*sensations*) serían tan sólo un subtipo de *feelings*, existiendo también otros subtipos tales como las afecciones (*affections*) —donde ubica a las emociones—, apetitos (*appetites*) y percepciones (*perceptions*). Así, utilizar el término “sensaciones” desatendería los otros subtipos de *feelings*, los cuales otorgan distinciones útiles para la investigación. De este modo, en esta tesis seguiremos la sugerencia de Melamed (2017), quien propone traducir “*feeling*” por “sentires” con el propósito de destacar la raíz semántica “*feel*” (“sentir”) y evitar la identificación del término con los sentimientos y las sensaciones (las cuales, según señala la autora, carecen de intencionalidad).

caso, la percepción de un hecho u objeto tendría una conformación totalmente cognitiva, pálida, incolora y carente de calor emocional (James, 1884). Se podría percibir un objeto peligroso y juzgar fríamente que es beneficioso alejarse, pero no nos sentiríamos —por carecer de la perturbación corporal— realmente asustados en primera instancia. Como en realidad no es el caso que reaccionemos de tal modo, sería más coherente afirmar que la expresión corporal sucede luego de la percepción, sin mediadores de corte cognitivo.

La propuesta de James sugiere que la centralidad del esquema para conceptualizar el fenómeno de las emociones debiese ser ubicado en la sensación de los cambios corporales. En el siguiente párrafo invita al lector a imaginar cómo se percibiría una emoción sin el sustrato corporal, lo que develaría cómo las emociones no son sino sensaciones del cuerpo:

If we fancy some strong emotion, and then try to abstract from our consciousness of it all the feelings of its characteristic bodily symptoms, we find we have nothing left behind, no “mind-stuff” out of which the emotion can be constituted, and that a cold and neutral state of intellectual perception is all that remains. (James, 1884, p. 193)

La esencia de las teorías perceptivas reside en la inversión de la relación causal entre emociones y cambios corporales. No son las emociones las que causan los cambios corporales, sino que son aquellos cambios corporales los que juegan un rol causal en la generación de emociones (Melamed, 2017).

Ahora bien, cabe aclarar que todo lo afirmado por James refiere a lo que denomina emociones estándar. En su análisis explicita que sólo se referirá a estas emociones estándar, que son aquellas que poseen una clara expresión corporal. Con ello no niega la existencia de ciertas sensaciones agradables y desagradables relacionadas a operaciones mentales. Reconoce que existe, por ejemplo, un verdadero placer intelectual al lograr resolver un problema y un auténtico tormento intelectual si tenemos que dejarlo inacabado (James, 1884, p. 189). Sin embargo, estas sensaciones carecen de una clara expresión corporal y no poseen la intensidad suficiente, por lo que son dejadas al margen de su estudio.

Por otra parte, el psicólogo Robert Zajonc desarrolló una teoría que configura los pilares fundamentales de la corriente perceptiva. Esta teoría surge como una respuesta a la noción tradicional que imperaba en su época, la cual indicaba que todas las reacciones

afectivas son poscognitivas, es decir, que son consecuencia de un complejo proceso cognitivo previo. Una reacción afectiva estaría basada en un procesamiento cognitivo en el cual se realizan diversas discriminaciones de contenido, y donde son identificadas las características del objeto/hecho emocionalmente significativo, para luego ser examinadas de acuerdo con su valor y sopesadas según sus contribuciones (Zajonc, 1980, p. 151). Así, según esta noción, para que me pueda gustar un objeto, debo haber adquirido previamente cierto tipo de conocimiento acerca de él e identificado algunas de sus características. Se deben conocer los objetos antes de que puedan ser evaluados.

Frente a esto, Zajonc sostiene que existen por lo menos algunos tipos de emociones que pueden surgir de manera independiente a la cognición. Por esto, afirma que es enteramente posible que el primer estadio de la reacción de un organismo ante un estímulo sea afectivo (Zajonc, 1980, p. 154). Esta afirmación la sostiene a partir del análisis que realiza sobre un tipo específico de emociones: las implicadas en las preferencias.

La evidencia recopilada por Zajonc consiste en la realización de una serie de experimentos en donde se muestra el fenómeno denominado “efecto de mera exposición”. Los sujetos de prueba fueron expuestos a determinadas figuras, tales como ideogramas chinos, de manera explícita y también subliminal. En los casos de exposición subliminal, los sujetos no eran capaces de reportar qué objetos habían sido observados. Incluso así, las tendencias de preferencia se inclinaban a las figuras previamente expuestas sobre las nuevas. La serie de experimentos intenta mostrar que la mera exposición repetida es suficiente para crear preferencias, y que este efecto no depende en lo absoluto de la experiencia consciente.

El centro del argumento de Zajonc yace en demostrar que las emociones (implicadas en las preferencias) tienen primacía y son independientes a la cognición. El efecto de mera exposición muestra cómo estas emociones surgen antes de cualquier procesamiento de información complejo e incluso sin él. Es posible que algo nos agrade o nos asuste antes de conocerlo con precisión o sin siquiera saber qué es (Zajonc, 1980, p.154). El sentir, según el autor, sería un sistema de procesamiento de información especial, gobernado por sus propias reglas y regularidades (Melamed, 2017, p. 45). Este correspondería a un sistema precognitivo.

Las reacciones afectivas son caracterizadas, en oposición a lo que el autor denomina cogniciones frías, como: ineludibles (esto es, no pueden ser controladas voluntariamente), irrevocables (no cesan una vez formadas), imprecisas, inmediatas, difíciles de verbalizar (aunque fáciles de reconocer), no dependientes de la cognición y básicas. Respecto a esta última característica, Zajonc indica que el afecto es básico en el sentido de que es el primer eslabón en la evolución de funciones adaptativas complejas que eventualmente diferenciaron a los animales de las plantas. Y a diferencia del lenguaje o la cognición, la capacidad de respuesta afectiva es universal entre las especies animales (Zajonc, 1980, p. 156).

Ahora bien, Zajonc no afirma que todas las clases de emociones surjan de manera independiente a algún tipo de proceso cognitivo. Su artículo se restringe únicamente a las emociones de agrado y desagrado que están involucradas en las preferencias. Otras emociones como la culpa, la vergüenza, la sorpresa o la ira no son analizadas. De hecho, el autor reconoce que su tesis es compatible con la idea de que existen algunos tipos de emociones que pueden ser generadas sólo a partir de juicios evaluativos.

En resumen, en esta sección se ha hecho una breve revisión de las tesis de James, Lange y Zajonc, con la finalidad de caracterizar en sus rasgos generales a la corriente perceptiva. James y Lange, por una parte, proponen que la percepción de un hecho desencadena cambios corporales que generan una sensación emocional, invirtiendo la cadena causal tradicional que indicaba que las emociones generaban cambios corporales. Para conceptualizar adecuadamente las emociones, el centro del esquema debe dirigirse a la sensación de los cambios corporales. Por otra parte, Zajonc sostiene que las reacciones afectivas, específicamente las involucradas en las preferencias, no necesitan un procesamiento cognitivo previo para tener lugar. Ambas teorías abogan por que las emociones no son el resultado de un proceso cognitivo complejo, y que es falso que ellas provoquen cambios corporales. Lo que proponen es que las emociones debieran identificarse con las sensaciones de los cambios corporales desencadenados tras un estímulo, cambios corporales que surgirían antes del procesamiento cognitivo. Según esta perspectiva, los cambios corporales son la base de la sensación emocional que experimentamos. Así, se desafía la noción tradicional de que la emoción es un estado psicológico que, tras un procesamiento cognitivo complejo, se produce como resultado de haber percibido un evento

u objeto en el ambiente, y que es seguido posteriormente por cambios corporales observables. Este enfoque enfatiza que la explicación del fenómeno emocional debe realizarse apelando a la centralidad del cuerpo. Ahora bien, debe entenderse ‘cuerpo’ en un sentido estrecho, es decir, excluyendo al cerebro. De otro modo, este ‘énfasis en el cuerpo’ sería trivial. Ahora bien, cabe aclarar que los adherentes a esta corriente no sostienen que la actividad cerebral no juega absolutamente ningún rol en la generación de emociones. Tan sólo se destaca que, según ellos, una buena teoría de las emociones debiera posicionar al cuerpo como elemento central.

iii. Corriente cognitiva

Como una reacción a la ortodoxia conductista de la época, se alza la tradición cognitiva en psicología, y con ella una nueva manera de abordar la investigación acerca de las emociones. En este campo investigativo, esto se reflejó en un rechazo al enfoque perceptivo y en el surgimiento de un enfoque que propone que la cognición juega un papel preponderante en el proceso emocional. Si la corriente perceptiva sostenía que las emociones son —esencialmente— sensaciones de los cambios corporales experimentados, la corriente cognitiva afirmará que los mecanismos neurales y fisiológicos que subyacen en la experiencia emocional sólo proveen un estado de excitación inespecífico, y que es la valoración cognitiva la que juega el rol principal para dar lugar a tal excitación.

Los teóricos de la corriente cognitiva defienden la idea de que las emociones involucran esencialmente operaciones mentales, las cuales tendrían un carácter valorativo y activo (Melamed, 2017, p. 72). Estas operaciones mentales corresponden al elemento cognitivo que este enfoque pretende destacar. Así, esta corriente se caracteriza por sostener que las emociones son el resultado de procesos cognitivos, como el pensamiento, la evaluación y la interpretación de eventos y situaciones. Nuestras emociones no serían simplemente respuestas automáticas a estímulos externos, sino que están mediadas por nuestra interpretación y evaluación de esos estímulos. De este modo, según este enfoque, cuando nos enfrentamos a un evento o situación, realizamos un proceso de evaluación

cognitiva en el cual interpretamos el significado del evento, evaluamos su relevancia para nuestros objetivos y valores, y generamos una respuesta emocional en base a esa evaluación. Es decir, nuestras emociones son el resultado de cómo percibimos y evaluamos las situaciones a la que nos enfrentamos.

Para caracterizar este enfoque, revisaremos dos autores que nos ofrecen un panorama general. En primer lugar, nos encontramos con Robert Solomon, quien argumenta en contra del prejuicio de que las emociones son irracionales. Usualmente se considera que las emociones son algo que nos ocurre o padecemos, y que debemos controlarlas para no descarrilar nuestro buen comportamiento con este aspecto salvaje. Según esta idea, las emociones son irracionales, disruptivas y a menudo perjudiciales. En oposición a tal concepción, Solomon propone que las emociones son racionales y propositivas. Las emociones poseen estas características pues, según el autor, ellas corresponden a juicios normativos, frecuentemente morales, que realizamos de forma activa. Esto lo expresa al decir “I am responsible for my emotions as I am for the judgments I make. My emotions are judgments I make.” (Solomon, 1973, p. 31). Las emociones no serían algo que sufrimos pasiva e involuntariamente, sino que son juicios que hacemos, y por los que además debemos atribuirnos responsabilidad.

Según Solomon, tener una emoción corresponde a realizar un juicio acerca de la situación correspondiente. La mera percepción de un evento no logra ser suficiente para desencadenar una reacción emocional. Para que ella ocurra, debe estar involucrada necesariamente una evaluación personal de la significación del incidente (Solomon, 1976, p. 187). Tal afirmación el autor la sostiene al dar cuenta de que no es posible caracterizar completamente el objeto de una emoción con un hecho. Esto lo explica del siguiente modo:

We can now explain this similarity by claiming that emotions are judgments — normative and often moral judgments. «I am angry at John for taking my car» [...] *entails* that I believe that John has some how wronged me. [...] The (moral) judgment entailed by my anger is not a judgment *about* my anger (although someone else might make such judgments to the effect that my anger is justified or unjustified, rational, prudent, foolish, self-indulgent, therapeutic, beneficial, unfortunate, pathological, or amusing). My anger *is* that judgment. (Solomon, 1973, p. 27)

En otras palabras, el hecho de que John robó mi auto no es suficiente para caracterizar mi enojo, y tampoco es suficiente apelar al sentir corporal de tener ira. La reacción emocional que se desencadenó es inseparable del juicio de que John me ha hecho daño de algún modo. Independientemente de que John haya robado o no mi auto, o que efectivamente me haya ofendido, surge el enojo porque juzgo que he sido ofendida. El enojo corresponde al juicio de que me han hecho daño. Es así como Solomon coloca el juicio como un elemento constitutivo en la caracterización de las emociones, y sostiene que las emociones son altamente dependientes de las creencias y opiniones que poseamos.

Frente a la idea de que los sujetos figuran como seres pasivos ante las emociones, Solomon defiende la idea de que ellas deben ser consideradas con los mismos criterios bajo los cuales se definen las acciones. Las emociones son juicios y, en un sentido, los juicios son acciones. La relación de identidad entre juicios y acciones surge porque, según el autor, ambos comparten la característica de estar orientadas a producir cambios en el mundo (aunque no se lleguen a producir cambios efectivamente). Además, Solomon especifica que las emociones serían, más precisamente, un subtipo de juicios, los cuales distingue de los juicios “fríos” (“*cool judgments*”) y de la acción deliberada. Las respuestas emocionales se producen de manera instantánea e inmediata tras enfrentarse a situaciones que son muchas veces inesperadas. Ellas carecen de la “frialidad” que poseen lo que comúnmente llamaríamos juicios, y tienen un carácter no reflexivo.

Ahora bien, aclara el autor, no porque las emociones sean irreflexivas y carezcan de frialidad deben ser consideradas irracionales. Para defender la idea de que las emociones son respuestas racionales, expone dos argumentos generales. En primer lugar, dice: “The fact that emotions typically lead to apparently «pointless» behavior is not a consequence of emotions being irrational, but a natural consequence of the fact that emotions are responses to unusual situations in which usual behavior patterns seem inappropriate” (Solomon, 1973, p. 34). Con esto pretende explicar que ante situaciones inusuales las emociones aparecen como un juicio urgente. Lo que es disruptivo, amenazante u obstaculizante es la situación, no la respuesta emocional. Las emociones, en tanto un juicio urgente ante sucesos inesperados, suelen cumplir coherentemente con sus propósitos. En segundo lugar, el autor explica que las emociones son respuestas a corto plazo (Solomon, 1973, p. 35), y sus propósitos deben

juzgarse como tal. Las personas poseemos diversos propósitos, y a menudo no hay coherencia entre todos ellos. Los propósitos a corto plazo suelen estar en conflicto con los de largo plazo. Por ejemplo, el deseo de descansar que poseo hoy entra en conflicto con el deseo que tengo de trabajar y así ahorrar una cantidad de dinero determinada. De este modo, las emociones tienen propósitos y son racionales, pero a la luz de su alcance a corto plazo. Tras esto, cobra sentido la afirmación de Solomon (1973): “[...] emotions are «blind» more accurately, they are *myopic*” (p. 35). El error estaría en exigirle a las respuestas emocionales un alcance que no tienen, lo que llevaría a la confusión de concebir a las emociones como irracionales y sin propósitos.

Por tanto, las reacciones emocionales que tenemos estarían intrínsecamente vinculadas a nuestras valoraciones, creencias e interpretaciones que realizamos. Sin la consideración de este factor, según Solomon, no se podría dar una explicación cabal de qué son y cómo surgen las emociones. Las emociones serían juicios que hacemos, no sucesos que sufrimos. En consecuencia, las emociones serían elecciones y nuestra responsabilidad (Solomon, 1973, p. 40). Por supuesto, no somos conscientes de hacer tales elecciones, pues se caracterizan por no ser deliberadas. Y la toma de responsabilidad por nuestras emociones que menciona el autor, refiere más bien a que debemos forzarnos —en tanto somos participantes activos de nuestra experiencia emocional— a la autorreflexión y examen de las creencias y pensamientos subyacentes a nuestras emociones, esto con el propósito de gestionarlas y regularlas adecuadamente.

El segundo autor que revisaremos, Richard Lazarus, destaca por sus grandes aportes a la corriente cognitiva. Su tesis es una defensa a la idea de que cierto elemento cognitivo es condición necesaria para toda emoción. Lazarus propone que las valoraciones cognitivas son el vínculo y la mediación entre los sujetos y su ambiente. Las emociones específicas serían resultado de las evaluaciones particulares que realiza el individuo respecto a su interacción con el ambiente en virtud de su bienestar. Una de las ideas principales que sostiene en su propuesta es que la cognición y la emoción están usualmente fusionadas en la naturaleza (Lazarus, 1982, p. 1019).

Su tesis surge como una respuesta a la posición que presenta Zajonc, quien sostuvo que es posible que algunas emociones particulares se originen sin necesidad de ningún

elemento cognitivo. Ante esto, Lazarus (1982) responde que la actividad cognitiva es condición necesaria y suficiente para toda emoción (p. 1019). Según el autor, el desacuerdo surgiría a partir de la concepción errónea de ‘cognición’ que alberga Zajonc. Afirma: “The cognitive activity in appraisal does not imply anything about deliberate reflection, rationality, or awareness” (Lazarus, 1982, p. 1022). Zajonc cometería el error de equiparar ‘cognición’ con ‘racionalidad’, asumiendo, a su vez, que el proceso de evaluación inconsciente presente en las preferencias no implica ninguna actividad cognitiva. Ante esto, Lazarus (1982) sostiene: “I would certainly agree that a person need not be aware of his or her cognitive appraisals and may utilize primitive logic, but I would argue against the idea that some appraisals (Zajonc refers to preferences) are non-cognitive” (p. 1022). La valoración cognitiva implicada en el fenómeno emocional no debe confundirse con la racionalidad ni deliberación, pues a menudo este tipo de evaluaciones ocurre sin tener conciencia de los factores que subyacen.

Ahora bien, cabe preguntarse cómo se caracterizaría el requisito cognitivo que menciona Lazarus. Para ello se tendría que develar el tipo de procesamiento que aparece como condición a la producción de una respuesta emocional y explicar de qué modo se puede catalogar como cognitivo. Al respecto, Melamed (2016) hace notar que “la teoría valorativa de las emociones justifica su pertinencia cognitivista en el seno mismo de su definición, configurando una suerte de petición de principio” (p. 100). Como evidencia muestra un fragmento de *Emotion and Personality* (1960), donde Magda Arnold funda importantes antecedentes para las teorías cognitivas de las emociones:

Saber o percibir algo y estimar el efecto que tendrá sobre nosotros son dos procesos distintos, y la apreciación necesariamente presupone la percepción [...] **El estimar cómo nos afecta personalmente parece requerir un paso más allá de la percepción que no puede ser la función de ninguna modalidad sensorial sola ni de todas ellas juntas.** Al mismo tiempo, como hemos visto, esta apreciación es instantánea e intuitiva; de aquí que no pueda ser el resultado de la reflexión, sino que debe ser el trabajo de alguna función sensorial integrativa. Siguiendo a la percepción y completándola, la apreciación posibilita un acercamiento activo, aceptación o

rechazo, y así establece nuestra relación con el mundo exterior. (Arnold, 1960, p. 188)²

Lazarus tratará más específicamente la pregunta: ¿qué podría transformar estados sensoriales en emociones? Responderá que la transformación que debe ocurrir necesariamente para producir una emoción a partir de estados sensoriales es una valoración de aquellos estados como favorables o dañinos para nuestro bienestar (Lazarus, 1984, p. 126). El autor explica que cuando reconocemos un evento como agradable o desagradable, no estamos experimentando un episodio emocional. Sin embargo, cuando además reconocemos que podemos ser o somos beneficiados o perjudicados personalmente, la transformación cognitiva va más allá del mero registro de la incomodidad, y la experiencia se convierte en una emoción.

Lazarus hace la distinción entre dos modos de valorar (distinción ya presente en autores como Arnold [1960] y Ekman [1977]): uno automático, no reflexivo e inconsciente; y el otro, consciente y deliberado. Indica que cree que el proceso de generación de emociones suele ser más bien automático que deliberado y controlado por la voluntad. Sin embargo, aclara que no es posible afirmar con seguridad qué proporción de valoraciones y emociones están basadas en cada modo de actividad cognitiva, y que quizá la mayoría de las valoraciones que realizan los adultos involucra una mezcla de ambas (Lazarus, 1991, pp. 154-155).

Las emociones serían resultado de la evaluación que realiza un sujeto sobre su relación con el ambiente respecto a su bienestar. La distinción más general que podría surgir tras la evaluación de la relación sujeto-ambiente sería la de si la relación es beneficiosa o perjudicial para el bienestar del sujeto. Tras ello se pueden distinguir de manera preliminar las emociones positivas y negativas, respectivamente. Lazarus, a partir de aquella distinción inicial, tratará más a profundidad las distintas situaciones positivas y negativas para el bienestar del sujeto, explicando así las diversas categorías de emociones (esperanza, vergüenza, celos, felicidad, orgullo, alivio, ansiedad, culpa, amor, etcétera).

² Traducido al español por Melamed (2016). El énfasis es realizado por la misma autora.

Cabe preguntarse si la tesis de Lazarus pretende sugerir que la actividad cognitiva siempre sucede antes de la emoción. Sorprendentemente, el autor responde de manera negativa ante tal idea. Sostiene que, a pesar de que la emoción sea una respuesta al significado (a una valoración), también puede darse antes del próximo pensamiento, que sería, en su turno, una respuesta de las emociones experimentadas. Una emoción impacta en sí misma y a los posteriores pensamientos que puedan surgir (Lazarus, 1999, p. 8). Las emociones y la actividad cognitiva ocurren como un flujo continuo. Al respecto, sostiene:

To focus on sequence is to miss the point that cognition (and motivation) are always necessary features of an emotion, and that any change in the emotion is a consequence of a new appraisal, perhaps provoked by subsequent events or a defensive reappraisal. I think the best view is that all three functions are always conjoined and interdependent. (Lazarus, 1999, p. 9)

Cognición, emoción y motivación (elemento que integra posteriormente en su obra) estarían fusionadas. Separar estos elementos sería crear categorías científicas arbitrarias que no existen en la naturaleza (Lazarus, 1999, p. 13). Este postulado es esencial para la elaboración de su propuesta. En definitiva, la cognición, en tanto una evaluación o una apreciación que involucra significado, siempre se encuentra involucrada en la emoción. La motivación también está siempre involucrada en una emoción, tanto como antecedente que crea el interés personal en la transacción emocional, como consecuencia de la emoción misma, en forma de nuevas metas e intenciones situacionales generadas por la relación emocional sujeto-ambiente (Lazarus, 1999, p. 9).

En resumen, la corriente cognitiva de las emociones ha desafiado la visión conductista predominante en su época al destacar el papel crucial de la cognición en el proceso emocional. Las teorías adherentes a esta corriente enfatizan que las emociones no son simplemente respuestas automáticas a estímulos externos, sino que son reacciones que implican necesariamente evaluaciones cognitivas activas. Definir a las emociones como meras sensaciones de cambios corporales, como lo hacen las teorías perceptivas, no sería suficiente. Las tesis de los autores presentados, Solomon y Lazarus, dan una muestra del espíritu cognitivista, el cual se caracteriza por insistir en que la percepción no es suficiente

para desencadenar una respuesta emocional, sino que se requiere de un proceso evaluativo e interpretativo para que ella surja.

iv. Análisis conceptual de la discusión

Por lo expuesto en las secciones anteriores, es posible concluir que la discrepancia entre ambas corrientes se centra en si es la percepción o la cognición la que juega el rol esencial en el proceso emocional. El enfoque perceptivo, por una parte, caracteriza a las emociones como sensaciones de cambios corporales experimentados, mientras que el enfoque cognitivo las caracteriza como reacciones desencadenadas tras una valoración activa de la relación organismo-ambiente.

Para indagar en esta discrepancia, revisaremos el análisis que Melamed (2016) realiza acerca de los términos ‘percepción’ y ‘cognición’. En el transcurso del análisis, se mencionarán dos maneras distintas de abordar la dicotomía existente entre ambos. La primera sugiere que esta dicotomía yace en la distinción entre los procesos activos (cognitivos) y los procesos pasivos (perceptivos). La segunda manera refiere a que el posible factor diferenciador entre ambos sería la complejidad de los procesamientos implicados, siendo más complejo el procesamiento cognitivo que el perceptivo.

La percepción refiere al proceso en el cual adquirimos y procesamos la información que se recopila a través los sentidos. Ha sido tradicionalmente considerado un proceso en el cual el sujeto se mantiene pasivo, absorbiendo los datos que recibe de su entorno. Estos datos entregados en estado bruto por la percepción serían posteriormente transformados por los procesos complejos de la cognición, en donde el sujeto estaría actuando activamente para reordenar su imagen del mundo y teorizar acerca de ella. Se seguiría de este punto de vista que, en primera instancia, el mundo sea aprehendido por el sujeto transparentemente. Esta distinción fue útil para la filosofía de la ciencias de a principios del siglo XX. Dada la imparcialidad de la observación, podría considerarse este método como la piedra angular de la verificación científica. En definitiva, la ciencia estaría asentada sobre hechos observables.

No tomó mucho tiempo para que la neutralidad de la observación fuese puesta en duda, y con ella la neutralidad de los procesos perceptivos en general. Se considera a Norwood Russel Hanson (1977), por la elaboración de su tesis de la carga teórica de la observación, uno de los principales exponentes en cuestionar la relación entre la experiencia visual, conocimiento científico y mundo que se asumía en filosofía de las ciencias. Hanson (1977) aboga por que la visión es una acción que lleva una carga teórica, de modo que la observación de algo siempre estaría modelada por el conocimiento previo que se tenga de ello (p. 99). Sostiene que "una teoría no se ensambla a partir de fenómenos observados; es más bien lo que hace posible observar qué tipo de fenómenos son y qué relaciones mantienen con otros" (Hanson, 1977, p. 189). Con ello, a su vez que niega que la observación bastaría para verificar y refutar teorías científicas, afirma que la capacidad de identificar objetos con sus propiedades y relaciones dependería de los datos sensoriales entregados y de los marcos de referencia conceptuales que se posean con anterioridad. Como lo explica Milone (2010), "la base empírica sería relativa y obedecería a una teoría contextualizadora y otorgadora de significado; sin embargo, no se reducirían a ella" (p. 519). Así, la experiencia visual del sujeto se ordenaría y cobraría sentido en torno a sus sistemas conceptuales y de creencias. Sin estos sistemas previos, la experiencia visual podría asemejarse más bien a la confusión de un mareo que a una imagen (Hanson, 1977, p. 107).

Para sostener la inviabilidad de la observación neutral, Hanson presenta varios ejemplos. Tycho Brahe (geocentrista) y Johannes Kepler (heliocentrista) ven una misma puesta de Sol. Ambos astrónomos, por concebir el mundo a partir de distintas teorías, poseerían organizaciones perceptivas gestálticamente distintas. No es que simplemente interpreten de manera distinta la misma percepción visual, sino que son las mismas percepciones las que se diferencian debido a sus sistemas de creencias dispares. Otro ejemplo que entrega el autor es el del caso de un físico con gran experiencia que, al dirigir la mirada a un aparato, ve un tubo de rayos X. Por otra parte, un estudiante de ciencia inexperto, al dirigir su mirada al mismo aparato, observa un objeto de cristal y metal, con cables, reflectores, tornillos, lámparas e interruptores. El estudiante no estaría percibiendo lo mismo que el físico experto, pero podría hacerlo luego de atravesar una determinada formación científica.

La teoría de Hanson provoca que la percepción sea replanteada, y ahora sea considerada como un proceso que no se caracteriza por su transparencia y neutralidad. Milone (2010) nos explica que la percepción según Hanson sería “un proceso cognoscitivo, gestáltico, activo, plástico y, sobre todo, permeable a las creencias, expectativas y aprendizajes conceptuales, actitudinales y procedimentales” (p. 522). Milone (2010) también añade que “la observación, como proceso cognoscitivo, además, involucraría mecanismos selectivos y organizadores de la experiencia visual, ordenadores de las preferencias, por destacar determinados objetos de un campo perceptivo” (p. 523). Con la inclusión de estas nociones, la percepción abandona el carácter pasivo que se le atribuía. A su vez, la percepción se amalgama con la cognición. Al respecto, Melamed (2016) coincide con el mismo punto al afirmar que “la crítica de la carga teórica de la observación hace colapsar en ese sentido la distinción entre lo perceptivo y lo cognitivo: la percepción es un fenómeno intrínsecamente cognitivo” (p. 11). Si lo que se desea es encontrar un modo de distinguir los procesos perceptivos de los cognitivos, apelar al carácter pasivo que posee la percepción en contraste al carácter activo de la cognición ya no sería una estrategia eficaz, puesto que parecen haber buenos motivos para pensar que la percepción no implica en lo absoluto una disposición pasiva por parte del sujeto. Por lo demás, si se adhiere a las nociones otorgadas por Hanson, se seguiría que concebir a las emociones según el enfoque perceptivo —esto es, concebirlas como sensaciones o percepciones de cambios corporales— no implicaría la pasividad del sujeto en el proceso emocional (Melamed, 2016, p. 11).

A continuación abordaremos el concepto ‘cognición’. Su significado es impreciso, pero, en líneas generales, habría dos maneras de entender este concepto. La primera corresponde al significado de cognición como percatación consciente, mientras que la otra es entender el término como procesamiento complejo de información (Melamed, 2016, p. 12). Tras lo expuesto anteriormente sobre ambas corrientes, se podría asegurar que cuando se habla de cognición en esta discusión no se está hablando de percatación consciente. Pues los teóricos de ambos enfoques concuerdan con que es posible que se desencadenen reacciones emocionales sin que el sujeto sea consciente de ello y sin deliberación involucrada.

Los autores no otorgan mayores especificaciones sobre el modo en el cual está siendo utilizado el término, pero veremos las aclaraciones que otorgan. Para Zajonc la cognición parecería implicar una operación que necesita de mayor trabajo mental. Respecto al proceso emocional, sostiene que implicaría una transformación de un input sensorial en un estado en el cual estaría disponible subjetivamente. Este proceso tendría que conllevar un mínimo de trabajo mental para asegurar la velocidad de respuesta (Zajonc, 1984). Un adecuado procesamiento cognitivo, debido a su complejidad, no cumpliría con la inmediatez requerida. Por esto, cuando un individuo se enfrenta a una situación determinada, la respuesta emocional se desencadena con un procesamiento cognitivo mínimo, incompleto y primitivo. Esto lo explica del siguiente modo:

A rabbit confronted by a snake has no time to consider all the perceivable attributes of the snake in the hope that he might be able to infer from them the likelihood of the snake's attack, timing of the attack, or its direction. The rabbit cannot stop to contemplate the length of the snake's fangs or the geometry of its markings. If the rabbit is to escape, the action must be undertaken long before the completion of even a simple cognitive process—before, in fact, the rabbit has fully established and verified that a nearby movement might reveal a snake in all its coiled glory. The decision to run must be made on the basis of minimal cognitive engagement. (Zajonc, 1980, p. 156)

Ahora bien, Lazarus otorga una afirmación acerca del procesamiento cognitivo involucrado en las emociones que resulta curiosamente idéntica a la cita anterior de Zajonc. Sostiene:

[...] we do not have to have complete information to react emotionally to meaning. We can react to incomplete information, which in fact we do in most ordinary transactions. The meaning derived from incomplete information can, of course, be vague; we need to allow for this type of meaning as well as for clearly articulated and thoroughly processed meaning. (Lazarus, 1982, p. 1021)

Ambos autores parecen coincidir en qué clase de complejidad está implicada en el proceso emocional. Sin embargo, difieren en que Zajonc asume que en el significado yace un procesamiento cognitivo serial acabado, por lo que —considerando que la reacción

emocional es instantánea y ocurre con mayor velocidad que un procesamiento cognitivo completo— está forzado en abandonar la idea de que emoción y cognición están necesariamente unidas. Por otra parte, Lazarus aboga por la idea de que es posible acceder a la información de un procesamiento cognitivo incompleto. Según este autor, la evaluación cognitiva implicada en el proceso emocional puede desarrollarse con muy variados niveles de complejidad. Asumiendo esto, es posible afirmar que el procesamiento cognitivo está necesariamente involucrado en las emociones. Esto lo describe del siguiente modo:

Probably all mammals meet the minimal cognitive requirements of emotion if one permits the concept of appraisal to include the type of process described by ethologist in which a fairly rigid, built-in response to stimulus arrays differentiates danger from no-danger. An evaluative perception, hence appraisal, can operate at all levels of complexity, from the most primitive and inborn to the most symbolic and experience-based. If this is reasonable, then it is also possible to say that cognitive appraisal is *always* involved in emotion, even in creatures phylogenetically far more primitive than humans. (Lazarus, 1982, p. 1023)

Dadas las consideraciones anteriores, es posible afirmar que si se asume el uso del término ‘cognición’ como trabajo mental mínimo, ambos enfoques estarían forzados a sostener que las emociones son cognitivas (Melamed, 2016). Ahora bien, esta clase de respuesta es de carácter exclusivamente conceptual y difícilmente complacería las inquietudes de los teóricos de ambas corrientes.

Melamed también incluye en su análisis una revisión del término ‘valoración’, indagando sobre si son las valoraciones cognitivas, a las que el enfoque cognitivo define como necesarias, el punto de discrepancia entre ambos enfoques. Como se mencionó con anterioridad, Lazarus define dos tipos de valoraciones cognitivas: uno automático, no reflexivo e inconsciente; y el otro, consciente y deliberado. El autor nos indica que cree que en las emociones están implicadas valoraciones más bien automáticas que deliberadas a voluntad. Sin embargo, también afirma que no se puede afirmar con precisión en qué proporción están involucrados ambos tipos de valoraciones, y que muy probablemente la mayoría de las valoraciones involucran procesos automáticos y también conscientes a su vez.

Al respecto, Melamed concluye que a partir de aquella caracterización surgen problemas similares a los de los términos ‘percepción’ y ‘cognición’. Sostiene:

La admisión de procesos valorativos automáticos (como especie del género cognitivo) tomada conjuntamente con la inclusión de procesos “interpretativos” (por llamarlos de algún modo) en la percepción, conlleva indefectiblemente la desaparición de la distinción entre, por una parte una valoración cognitiva y, por otra parte la percepción desprejuiciada, de un hecho. (Melamed, 2016, p. 14)

Concluyendo, hemos revisado que el planteamiento de los términos involucrados en el debate parece no ser el adecuado, pues conllevaría a sostener que el debate se funda en falsas dicotomías, o en un desacuerdo meramente terminológico. La percepción corresponde a un proceso en el cual el individuo no permanece pasivo, la cognición también incluye tipos de procesamiento de información incompletos, automáticos y no deliberados, y las valoraciones cognitivas a las que refiere el enfoque cognitivo posee modos automáticos e inconscientes. Si los términos se consideran de tal manera, se podrían satisfacer las exigencias de ambas corrientes. Sin embargo, la deflación del término ‘cognición’ a un significado que abarque procesamientos más rudimentarios y la ampliación del término ‘percepción’ a un significado que rescate su carácter interpretativo y activo, fuerza a abandonar delimitaciones precisas entre ambos procesos. En definitiva, el problema sería que difícilmente se podría distinguir entre cognición y percepción si se tiene en cuenta este acomodamiento de términos. Dificultades de esta índole darán posteriormente origen a ideas que logran rescatar nociones presentadas por ambas corrientes, surgiendo así teorías híbridas sobre las emociones.

v. Hacia teorías híbridas

En la sección anterior se revisó el análisis terminológico que presenta Melamed acerca del debate entre la corriente cognitiva y perceptiva. Allí se elabora una vía disolutiva para abordar el debate, en donde se plantea que los términos en disputa no están correctamente precisados y tal malentendido genera la discordancia. En esta sección se

presentarán nociones generales que podrían servir para trazar vagamente una vía capaz de superar este debate. Revisaremos la propuesta que elabora el neurocientífico Joseph LeDoux, la cual busca explicar de qué modo se procesan y regulan las emociones en el cerebro. En su tesis sugiere la existencia de dos vías principales por las cuales se procesarían los estímulos emocionales del mundo externo: una vía baja y una vía alta. Posteriormente, se presentará la caracterización de las emociones que ofrece Damasio. Las ideas de ambos autores ofrecen alternativas para reconciliar las posturas aparentemente dicotómicas.

Según la teoría de las dos vías de LeDoux, cuando nos encontramos con un estímulo emocionalmente relevante, como una situación de peligro, la información sensorial se envía rápidamente desde el tálamo a la amígdala a través de la vía baja. Esto permite que la respuesta emocional sea inmediata y automática, sin necesidad de una evaluación consciente de la situación. Así se podría dar origen, por ejemplo, a reacciones de huida y lucha instantáneas. Ahora bien, debido a que esta vía elude la corteza cerebral, la amígdala es provista de representaciones vagas y rudimentarias acerca de los estímulos. La vía baja, conocida también como vía rápida o subcortical, consiste en un camino directo y rápido que conecta el tálamo (una estructura cerebral que recibe información sensorial) con la amígdala (una estructura cuyo papel principal es el procesamiento y almacenamiento de respuestas emocionales).

Por otra parte, la vía alta, también conocida como vía lenta o cortical, es el camino más largo y complejo que une el tálamo con la corteza cerebral antes de llegar a la amígdala. En esta vía, la información sensorial se procesa de manera más sofisticada y se evalúa conscientemente antes de influir en la respuesta emocional. La corteza analiza el estímulo perceptivo, lo interpreta y lo contextualiza, permitiendo así una respuesta emocional más elaborada.

Consideremos a modo de ejemplo un individuo que se encuentra con una rama, la cual a simple vista parece una serpiente. Debido al procesamiento inmediato a través de la vía baja, el sujeto tendría en primera instancia una respuesta emocional de temor tras el peligro aparente. Tan solo luego de procesar detalladamente el input sensorial en la corteza, la información sería retransmitida a la amígdala comunicando que el objeto es inofensivo, disipando así la reacción emocional.

Esta teoría la respalda con una serie de experimentaciones, principalmente realizadas en animales (especialmente en ratas) y en estudios de neuroimagen en humanos. En estos experimentos muestra que cuando se presentan estímulos emocionales, tanto la amígdala como la corteza cerebral se activan, pero se muestra una activación más temprana en la amígdala.

LeDoux indica que ambas vías son importantes en el procesamiento emocional. La vía baja, a pesar de utilizar representaciones imperfectas, le proporciona al individuo una respuesta emocional rápida y automática, lo cual significa un enorme beneficio adaptativo. Por tales representaciones imperfectas, no sería un caso extraño que una respuesta emocional generada no sea adecuada a la situación enfrentada. Sin embargo, el costo sigue siendo mínimo en comparación al beneficio. La inmediatez en la respuesta significa una ventaja para la supervivencia del sujeto, quien estaría capacitado para, por ejemplo, huir de inmediato tras cualquier señal de peligro. Frente a este beneficio, una respuesta inadecuada —como por ejemplo, espantarse por una rama de árbol que es similar a una serpiente— parece nimia. Por otra parte, la vía alta permite una regulación consciente y flexible de las emociones. El procesamiento complejo de la información resulta necesario para obtener respuestas emocionales más adecuadas a las situaciones experimentadas. Sin él, no se podrían corregir las representaciones erróneas o las respuestas impulsivas que surgen al instante.

La teoría de LeDoux resulta interesante para repensar el debate entre las corrientes perceptivas y cognitivas, pues podría ofrecer una alternativa que complazca las inquietudes de los pensadores de ambos enfoques, al menos en términos generales. Por una parte, la vía baja representaría las exigencias de la corriente perceptiva, la cual abogaba por que las emociones son reacciones corporales que surgen de manera instantánea tras percibir ciertos estímulos, sin necesidad de recurrir a procesamientos de información complejos. Por otra parte, la vía alta representaría las exigencias de la corriente cognitiva, la cual sostenía que las emociones constitutivamente implican operaciones mentales valorativas. (Por supuesto, la correspondencia entre ambas vías y corrientes no es exacta.) Lo interesante aquí sería considerar que ambos sistemas de procesamiento no son excluyentes, sino que son necesariamente complementarios para dar lugar a la complejidad del fenómeno emocional.

Otra muestra de teorías que complementen las intuiciones de ambos enfoques sería el caso de la tesis de Damasio. El autor define las emociones de la siguiente manera:

[...] la emoción es la combinación de un *proceso de valoración mental*, simple o complejo, con *respuestas a ese proceso que emanan de las representaciones disposicionales, dirigidas principalmente hacia el cuerpo propiamente tal*, con el resultado de un estado emocional corporal, y orientadas también *hacia el cerebro mismo* (núcleos neurotransmisores en el tallo cerebral), con el resultado de cambios mentales adicionales. (Damasio, 2013, p. 167)

Damasio, por lo demás, propone la existencia de dos clases de emociones, las primarias y las secundarias. Señala que las emociones primarias son reacciones automáticas que funcionan ya rudimentariamente en las primeras etapas de vida de un ser humano (y otros animales). Serían las respuestas preprogramadas que surgen ante estímulos del mundo tales como determinados sonidos (explosiones o gruñidos, por ejemplo), ciertos movimientos (como los de insectos o reptiles), sensaciones corporales en particular (como el dolor de un infarto al miocardio) o determinados tamaños (como animales grandes). Estas emociones corresponderían a la noción de emoción que acuñaba William James. Sin embargo, Damasio sostiene que esta caracterización de las emociones es insuficiente para describir su efectiva complejidad. Por ello plantea la existencia de emociones secundarias, las cuales incluyen la participación de la corteza prefrontal y somatosensorial. Estas aparecerían una vez que comenzamos a experimentar sensaciones y formamos conexiones sistemáticas entre las emociones primarias, las categorías de objetos y situaciones. En esta segunda clase de emociones se involucra necesariamente el factor valorativo de la cognición. La conexión entre un contenido cognitivo intrincado y la variación de un perfil de estado corporal preorganizado daría lugar a la diversificación de los matices emocionales (Damasio, 2013, p. 179). A partir de la tristeza se obtiene la melancolía y nostalgia, o desde la felicidad surge la euforia y el éxtasis. Por lo demás, esta segunda clase de emociones estaría intrínsecamente ligada a la cultura en la que los sujetos en cuestión estén insertos.

vi. Conclusión

El objetivo de este capítulo consistió en abordar la pregunta acerca de qué son las emociones. Como se revisó, el intento de responder esta pregunta dio lugar a una compleja discusión, la cual se caracterizó mediante la exposición de las dos principales corrientes surgidas y sus respectivos teóricos. Por una parte, se presentó el enfoque perceptivo, cuya línea argumental apunta a caracterizar las emociones —esencialmente— como sensaciones de cambios corporales que se siguen a partir de determinados estímulos. En su versión más fuerte, se sostiene que estos cambios corporales serían condición necesaria y suficiente para la generación de emociones, sin requerir en lo absoluto de un procesamiento cognitivo previo. Por otra parte, se presentó el enfoque cognitivo, el cual defiende la idea de que las emociones involucran necesariamente valoraciones cognitivas, cuyo carácter es activo, bien no deliberado y consciente. De este modo, las emociones reflejarían la evaluación e interpretación de las situaciones y eventos que realiza el sujeto en consideración de su bienestar. Por supuesto, la caracterización aquí otorgada del debate, dadas las pretensiones de la presente tesis, resulta ser sumamente simplificada.

Posteriormente se presentaron dos clases de análisis de la discusión, el primero de índole conceptual y el segundo más bien arraigado en el fundamento biológico de la experiencia emocional. El primer análisis apunta a indagar en qué medida el debate podría estar fundado en un malentendido conceptual, dando paso a falsas dicotomías. Se concluye allí que la deflación de ‘cognición’ hacia un significado que abarque tipos de procesamientos más rudimentarios, y la ampliación de ‘percepción’ a un significado que rescate su carácter interpretativo y activo, podría satisfacer las intuiciones generales de ambas corrientes. Sin embargo, esto conllevaría el problema de que los límites entre ambos términos se volverían difusos, y ambos tipos de procesamiento serían difícilmente distinguibles. La segunda vía de análisis expone las ideas de dos autores, LeDoux y Damasio, con el fin de ejemplificar de qué manera podrían abrirse alternativas híbridas acerca de este debate. Ambas teorías rescatan intuiciones de los enfoques revisados, dando paso así a una caracterización que intente captar la enorme complejidad del fenómeno emocional.

CAPÍTULO II: EMOCIONES, CUERPO Y MENTE

i. Introducción

En el siguiente capítulo se otorgará un esbozo general de la discusión referida a la interacción entre cuerpo y mente, y su relación con los intentos de caracterizar las emociones. Para ello, en primer lugar, se realizará una exposición de los principales postulados del cognitivismo clásico. Se tratará este enfoque, pues resulta ser el paradigma más influyente en ciencia cognitiva, al punto que las ideas que contiene siguen influyendo en el desarrollo de la investigación. Luego, se intentará ver de qué modo este paradigma atiende al clásico problema mente-cuerpo y en qué medida seguiría aún permeado por la herencia dualista cartesiana que intenta rechazar. Se señala que esta herencia determinaría el marco conceptual utilizado para el estudio de la cognición y las emociones, limitando así las posibilidades investigativas. Finalmente, se presentará superficialmente una alternativa enactivista que pretende superar las dificultades del dualismo. La exposición de esta postura tiene la finalidad de otorgar una visión general de cómo se complejiza y diversifica el debate interno en ciencia cognitiva.

ii. Cognitivismo clásico y la metáfora del computador

El estudio de la mente y las facultades cognitivas ha sido cultivado desde antaño. Podemos encontrar escritos de Platón y Aristóteles que tratan estas problemáticas, y de muchísimos otros pensadores a lo largo de toda la historia. Ahora bien, el tratamiento recibido fue liderado por filósofos y, posteriormente, psicólogos. Ante las inquietudes de desarrollar investigaciones científicas y tecnológicas acerca del fenómeno mental, a partir de 1940 se comienzan a reunir investigadores de distintas disciplinas con el anhelo de expresar los procesos que subyacían a los fenómenos mentales en mecanismos explícitos y formalismos matemáticos (Varela, 1990, p. 32). En esta etapa formativa —denominada fase cibernética—

de la ciencia cognitiva, encontramos a científicos como John von Neumann, Norbert Wiener, Alan Turing, Warren McCulloch y Walter Pitts. Es relevante atender a esta fase, pues aquí se cimentaron algunas ideas que serían fundamentales para el posterior desarrollo de la ciencia cognitiva, como la preferencia generalizada por la utilización de la lógica-matemática para comprender el funcionamiento del razonamiento humano.

Ya en 1956 surge una nueva etapa conocida como el cognitivismo clásico. En este punto se establece lo que se consideraría como el principal paradigma en ciencia cognitiva. Existen otros enfoques de investigación que se desarrollaron posteriormente, como el conexionismo y el enactivismo, pero el cognitivismo sigue siendo considerado como “el único modelo con un desarrollo teórico y experimental importante, y el enfoque rector y guía de la investigación en este campo de conocimientos” (Bächler, 2014, p. 50).

En esta época se establece con mayor fuerza la hipótesis de que la mente (humana y de otros animales) funcionaría como un computador, noción ya presente en la etapa cibernética. La cognición es definida como la manipulación de representaciones simbólicas basada en reglas. Estas representaciones adquieren realidad física con la forma de un código simbólico en el cerebro u otra máquina (Varela, 1990, p. 39).

Un aspecto esencial de los postulados cognitivistas es la idea de que la computación es fundamentalmente semántica o representacional. Existen propiedades semánticas en los símbolos que condicionarían las operaciones. De este modo, sin representaciones no habría computación. Ahora bien, las interacciones en el sistema se dan sólo entre las expresiones simbólicas en su forma física, sin tener acceso al contenido semántico. Este aspecto semántico se formula como irreductible al nivel físico, y tan sólo podría ser proyectado a través de la sintaxis.

iii. Dicotomía cartesiana permeando la investigación

En la sección anterior se realizó una breve caracterización de lo que podría considerarse como el paradigma más relevante —dada su influencia— en ciencia cognitiva. A continuación se revisará en qué medida esta nueva ciencia de la mente surge motivada por

otorgar nuevas apreciaciones frente al gran problema mente-cuerpo, y en qué medida se vería aún permeada por el marco conceptual otorgado por el dualismo cartesiano.

Tal como se mencionó, la ciencia cognitiva se desarrolla en sus inicios tras la confluencia de distintos investigadores que estaban interesados por abarcar el estudio de lo mental desde el método científico, aspirando a la posibilidad de modelar lógicamatemáticamente la actividad mental. Este estudio vendría a ser un tratamiento moderno de una incógnita que ha sido planteada y atendida desde la Grecia antigua. ¿Qué es el alma/mente? ¿De qué modo interactúa con la materia/cuerpo? Ante estas preguntas han reflexionado diversos teóricos, pero nos concentraremos en la propuesta de René Descartes, pues fue un pionero en otorgar una explicación sistemática de las relaciones entre la mente y el cuerpo (Wozniak, 1992).

Descartes aborda el problema de la relación entre mente y cuerpo a partir de sus pretensiones por otorgar una explicación mecanicista de (parte de) la realidad. Así, establece en su obra “El tratado del hombre” (1991) una tajante distinción entre el cuerpo y el alma, las cuales serían clases de sustancias fundamentalmente diferentes y que se encuentran separadas. El cuerpo o *res extensa* posee extensión y estaría regido por leyes mecánicas. Por otra parte, el alma o *res cogitans* sería pura sustancia pensante, carente de extensión, y podría actuar de manera independiente al cuerpo. El alma no estaría sujeta a las leyes mecánicas, sino que más bien a leyes lógicas innatas. Ahora bien, el punto ampliamente discutido acerca de su teoría es la posibilidad de interacción causal entre ambas sustancias. El cuerpo y el alma, siendo sustancias completamente distintas y separadas, se afectan una a la otra. El cuerpo a menudo actúa según la voluntad consciente de los pensamientos, mientras la mente recibe constantemente información acerca de las percepciones capturadas por el cuerpo. La explicación que otorga Descartes al respecto consiste en afirmar la existencia de una clase de corpúsculos, denominados espíritus animales, que comunicarían mente y cuerpo a través de la glándula pineal.

Una vez otorgada una breve exposición del dualismo cartesiano, podemos revisar en qué medida permea con su marco conceptual la investigación más contemporánea en ciencia cognitiva. El cognitivismo en sus inicios pretende desvincularse del dualismo de Descartes, desarrollando una propuesta materialista para explicar el fenómeno mental. Ahora bien,

algunos pensadores señalan que resulta paradójico que el enfoque cognitivista se vea en la obligación de acudir, en última instancia, a explicaciones innatistas, de modo que terminaría acercándose al mismo modelo del cual pretende alejarse (Bächler, 2014, p. 54).

A continuación profundizaremos en un aspecto en el cual el cognitivismo parece reflejar la herencia cartesiana que se le critica. Como se mencionó, el cognitivismo postula que, aunque las operaciones se desplieguen tan solo en un nivel sintáctico, las expresiones simbólicas son necesariamente portadoras de contenido semántico. Ante esto surge la incógnita —tratada ampliamente por diversos filósofos— acerca de cómo las representaciones mentales adquieren tal contenido. El problema de la “ceguera en cuanto al contenido” (Gardner, 1995, p. 101) recuerda al problema al que se enfrentó Descartes para explicar de qué modo interactuaban la *res cogitans* y la *res extensa*, aunque por supuesto no se trata exactamente de lo mismo. El paralelismo que quiero trazar es que sin una adecuada explicación naturalizada acerca de la relación semántica-sintaxis, los postulados del cognitivismo podrían fácilmente interpretarse como una reformulación contemporánea del dualismo cartesiano. Una reformulación que plantea ahora una suerte de problema sobre las interacciones entre la mente y el cerebro³. Así, podría llegarse a entender que lo que se afirma es la existencia de dos clases de propiedades esencialmente distintas, una física (sintaxis) y otra intencional (semántica) que interactúan misteriosamente entre sí. Esto sería paradójicamente similar a la formulación cartesiana sobre la existencia de dos sustancias, cuerpo y alma.⁴

Otro aspecto de la filosofía cartesiana que parece estar profundamente arraigado en la investigación es la noción de racionalidad como capacidad mental que es autónoma. Según Descartes, la razón es capaz de funcionar independientemente de las afecciones corporales,

³ La crítica que se hace usualmente al cognitivismo surge a partir del supuesto funcionalista de este paradigma. El funcionalismo intenta dar una respuesta materialista no reduccionista al problema mente-cuerpo, sosteniendo que los estados mentales son estados funcionales. Se abordarán los aspectos funcionalistas del cognitivismo clásico en la próxima sección “Intentos de superación”. Autores como Paul Churchland han criticado esta postura (véase Churchland, P. [1981]. *Eliminative Materialism and the Propositional Attitudes*. *The Journal of Philosophy* 78 (2), pp. 67-90. y [2013]. *Matter and Consciousness*. The MIT Press).

⁴ Un tratamiento exhaustivo de este tema se encuentra fuera de los márgenes de esta investigación. Si se desea observar algunas soluciones otorgadas por el cognitivismo sobre el problema de la naturalización de la semántica, véase Vallejos, G. (1990). Realismo intencional y naturalización del contenido. *Lenguas Modernas* 17, pp. 5-34.

tales como las emociones, sentimientos, percepciones, o habilidades motoras. Por lo demás, se hallaría en las matemáticas la forma prototípica de la razón (Bächler, 2014, p. 55). Esta caracterización se encuentra —de modo suavizado, sin postular una total independencia de la mente hacia el cuerpo— en el sentido común del cognitivismo. A partir de la investigación computacional y el desarrollo de un modelo neuronal comprendido como circuito lógico, se cimentó la concepción de que el pensamiento humano se regía por la lógica (Gardner, 1995, p. 387). El razonamiento era considerado un cálculo lógico-proposicional. Dado esto, al comienzo de la ciencia cognitiva la atención fue focalizada en el pensamiento racional, ignorando —por ejemplo— el campo de las emociones, las cuales eran consideradas como una perturbación corporal que llega incluso a ser equivalente a una distracción para el pensamiento (Thagard, 2008, p. 245).

De momento hemos abordado el asunto del dualismo y cognitivismo sólo en términos generales. Ahora bien, en lo que respecta específicamente al estudio de las emociones, es posible notar que, además de haber sido un objeto de poco interés para los inicios de la ciencia cognitiva, el debate sobre cómo debieran ser caracterizadas las emociones también fue influenciado por el dualismo. Así lo expresa Melamed (2017):

El punto a destacar aquí es que también los debates en torno a la caracterización de las emociones se han articulado a partir de la dicotomía cartesiana entre *res cogitans* y *res extensa*, sustancias pensante y extensa, o en términos más contemporáneos, mente y cuerpo. Mientras los enfoques somáticos se concentran en el cuerpo, y en cómo las alteraciones corporales influyen sobre la mente; los enfoques cognitivos asumen que deben ocurrir ciertos cambios en la mente en primer lugar, y que son aquellos los relevantes para efectuar una adecuada caracterización de las emociones. (p. 193)

En definitiva, lo que sostienen los críticos al cognitivismo es que sus postulados están permeados por un marco conceptual dualista implícito que determina y organiza las posibilidades en la línea investigativa. El cognitivismo contendría una enorme tecnificación acerca del problema mente-cuerpo (Wozniak, 1992), pero aún impregnado por las categorías cartesianas para pensar sobre el fenómeno de lo mental, lo cual implicaría un estancamiento para avanzar hacia la comprensión de este (Bächler, 2014).

iv. Intentos de superación

Tras las dificultades que se le atribuyen al marco conceptual cognitivista, distintos investigadores se han empeñado en desarrollar alternativas teóricas que superen la dicotomía cartesiana y amplíen las posibilidades investigativas. Estas alternativas se sitúan principalmente dentro de los enfoques corporizados y enactivos acerca de la cognición. Un ejemplo de esto es la propuesta que presenta Melamed (2021) acerca de la posibilidad de abordar el fenómeno emocional dentro del marco enactivista.

La autora plantea una respuesta ante determinados postulados de la ortodoxia cognitiva. Específicamente, se refiere a la tesis cognitivista de la realizabilidad múltiple, la cual consiste en la noción de que el proceso cognitivo (*software*) posee una base física no específica de implementación (*hardware*), lo que permitiría que el proceso cognitivo computacional sea implementado en diversos sustratos físicos. También se referirá a la disociación entre percepción y acción planteada por el cognitivismo clásico. Esta disociación consistiría en la idea de que la percepción y la acción son dos componentes separados y periféricos, en donde el primer componente sería pasivo y el segundo activo. Lo que comunicaría ambos componentes sería la cognición, posicionada como núcleo central. Así, “la cognición se produce como un sistema central que sirve de mediador y transforma la información recibida por los sistemas periféricos de entrada (*input*), arrojando resultados a través de sus sistemas de salida (*output*), es decir, la acción” (Melamed, 2021, p. 49).

El enfoque enactivo plantea, con la finalidad de desmarcarse de las nociones cognitivistas, una reconceptualización el término ‘cognición’. Se sostiene que la cognición no es la recuperación o proyección de un mundo predefinido, sino que se define como acción corporizada. Citando a Varela, Thompson y Rosch (1991), el organismo y el ambiente estarían mutuamente plegados de diversos modos, y lo que constituye el mundo de un organismo es enactuado por la historia de acomplamiento estructural de ese organismo (p. 235). De tal modo, se consideraría que la relación entre cuerpo, mente y medio ambiente es transaccional y recursiva, separándose de la noción cartesiana de mente y cuerpo como sustancias independientes.

El organismo no recibe pasivamente información externa mediante un proceso perceptivo, dando posterior lugar a representaciones mentales, sino que este organismo estaría promulgando (*bring forth*) un mundo mediante la interacción que tiene con su medio ambiente. Los seres vivos serían “agentes autónomos que activamente generan y mantienen sus identidades, y así enactúan o crean sus propios dominios cognitivos” (Melamed, 2021, p. 51). Por lo demás, en tanto que el organismo corresponde a un todo unificado, no se podría considerar la posibilidad de que el cuerpo humano sea una mera implementación de un programa computacional (como dice la tesis de la realizabilidad múltiple). Y sería el organismo un todo unificado e inseparable en la medida en que es la constante interacción recíproca entre mundo, cuerpo y cerebro la que genera significado y experiencia; una escisión entre estos aspectos significaría la imposibilidad de cognición.

En lo que respecta específicamente al tratamiento de las emociones en estos enfoques, Melamed menciona que la posición ortodoxa sostiene que, posteriormente a la percepción neutral y pasiva, sobreviene una valoración afectiva que causa cambios corporales y sus respectivas sensaciones. El enactivismo, frente a tal afirmación, critica la escasa integración efectiva del cuerpo al funcionamiento cognitivo. Así, por su parte, se postula una redefinición de ‘valoración’ que tendría consecuencias directas en la caracterización de las emociones. Colombetti y Thompson (2007) sostienen que la valoración no es —como sostendrían las posturas ortodoxas— un proceso cognitivo de evaluación subjetiva que ocurre “en la cabeza”, con excitación y conducta como concomitantes corporales objetivos, sino que más bien los eventos corporales serían constitutivos estructural y fenomenológicamente de la valoración (p. 58). También Colombetti (2014) explica que considera el proceso valorativo como una actividad del organismo que no está separada de los componentes corporales (considerados tradicionalmente como no cognitivos), sino que se encuentra superpuesta a ellos (p. 112).

Por lo demás, el enfoque enactivista hace énfasis en que evaluar al mundo y responder emocionalmente frente a él no son procesos diferentes. Se define, así, que la emoción se comprende como un modo de valoración, el cual construye sentido (*sense-making*) manifestado en la experiencia y cuerpo (Melamed, 2021, p. 52). De este modo, emoción y cognición no son distinguibles, no serían dos instancias distintas. La autora sintetiza las ideas del siguiente modo:

El rol protagónico aquí lo tiene el organismo como un todo, que tiene un cuerpo, que está situado en un ambiente o entorno, y es el organismo como un todo quien valora: quien ve al entorno y sus potencialidades, de acuerdo con sus intereses, metas, necesidades, etc. dando lugar a ‘peligrosidades’, ‘alegrías’ y demás. (Melamed, 2021, p. 53)

Todo lo anteriormente expuesto acerca de esta alternativa enactivista corresponde a un esbozo sumamente superficial de la propuesta. El propósito de su exposición corresponde a mostrar distintas líneas investigativas que surgen a partir de la dificultad de abordar el fenómeno mental y emocional. Por los propósitos de esta tesis, me reservo realizar una evaluación de esta propuesta. Sin embargo, como posibles proyecciones de estudio, sería interesante evaluar en qué medida el enactivismo plantea una teoría esencialmente distinta a la del cognitivismo que pretende oponerse. Menciono esto porque, a simple vista, hay ciertas afirmaciones del enactivismo que recuerdan a las ideas de Lazarus expuestas en el primer capítulo de esta tesis. Una clara diferencia entre este autor y la propuesta enactiva es que Lazarus sostiene que las emociones surgen como respuesta a un proceso de valoración cognitiva. Sin embargo, también sostiene que emoción y cognición son parte de un flujo continuo, estando fusionadas en la naturaleza. En esta última noción es donde aparecen las similitudes. Por supuesto, para otorgar una opinión concluyente al respecto, debe hacerse una evaluación más profunda. Otro aspecto que merece ser atendido es examinar con detención en qué medida el enactivismo realiza su crítica tras una adecuada reconstrucción de la postura cognitivista. Planteo esto porque la diversificación de teorías híbridas dentro de la ortodoxia cognitivista (entre enfoques cognitivo y perceptivo) es inmensa, y no a todas les valdrían las críticas otorgadas, especialmente la que refiere a la consideración pasiva del proceso perceptivo que plantearía el cognitivismo.

v. Conclusión

En este capítulo, se ha abordado la interacción entre cuerpo y mente, y su relación con la caracterización de las emociones. Se comenzó con una exposición de los principales

postulados del cognitivismo clásico, el paradigma más influyente en la ciencia cognitiva. Este enfoque considera que la cognición consiste en la manipulación de representaciones simbólicas basada en reglas. Si bien surge como un intento materialista de explicar el fenómeno de lo mental, el cognitivismo clásico aún está permeado por la herencia dualista cartesiana, que plantea una separación sustancial entre mente y cuerpo.

Se planteó un paralelismo entre la dificultad albergada en el cognitivismo para explicar cómo las expresiones simbólicas obtienen contenido semántico, y el problema en la teoría cartesiana de cómo interactúan mente y cuerpo. Sin una adecuada explicación naturalizada acerca de la semántica, se podría entender que, en última instancia, el cognitivismo apela por la existencia de dos clases de propiedades sustancialmente distintas (sintaxis en un nivel físico e intencionalidad en un nivel psíquico) que interactúan misteriosamente. También se ha mostrado que la noción de racionalidad autónoma y la falta de atención hacia las emociones en los inicios del cognitivismo reflejan la influencia del dualismo cartesiano. La razón se consideraba independiente de cualquier proceso corporal y regido por la lógica-matemática, mientras que las emociones eran consideradas perturbaciones corporales equivalentes a distracciones para el pensamiento. Por lo demás, se expone que los vestigios del dualismo residen en la caracterización de las emociones. Así, el debate se articuló tradicionalmente sobre la dicotomía entre enfoques perceptivos (concentrados en el cuerpo) y enfoques cognitivos (concentrados en las valoraciones mentales), reflejando en último término la dicotomía cartesiana entre *res extensa* y *res cogitans*.

Finalmente, se presentó una alternativa teórica en busca de superar estas dificultades. El enfoque enactivo de la cognición ofrece nuevas perspectivas que amplían las posibilidades investigativas. Sin embargo, resulta necesario evaluar en qué medida la crítica que ofrece es pertinente y efectivamente fecunda para el futuro desarrollo de la ciencia cognitiva.

CAPÍTULO III: EMOCIONES Y RACIONALIDAD

i. Introducción

Este último capítulo se adentra someramente en la relación entre emociones y racionalidad, y cómo estos aspectos han sido conceptualizados a lo largo de la historia. En la segunda sección, se aborda cómo tradicionalmente se ha considerado al ser humano como un ser esencialmente racional, capaz de comprender, evaluar y resolver problemas mediante la aplicación de los principios de la lógica. Según esta perspectiva, los seres humanos debieran aspirar al ideal de razón que se perfecciona mientras se ignoran elementos perturbadores, como lo serían los deseos terrenales y las emociones. Esta relación dicotómica entre emoción y razón se ha mantenido dentro del sistema de creencias de la mayoría de las personas. Ahora bien, en las últimas décadas han sido varios los investigadores que abordan esta discusión para reconceptualizar la relación entre ambas facultades. Por ello, a modo de esbozar el desarrollo investigativo en cuestión, en la tercera sección se expone la propuesta que produce Antonio Damasio acerca de la influencia que tendrían las emociones en el razonamiento humano. En su hipótesis plantea que los procesos involucrados en la toma eficiente de decisiones —especialmente en las decisiones referidas al ámbito social y personal—, dependen de modo fundamental del procesamiento emocional.

ii. Perspectiva tradicional

A lo largo de la historia se ha intentado definir la naturaleza del ser humano enfatizando que sería, esencial y distintivamente, un ser racional. La racionalidad se considera usualmente como la capacidad para comprender, examinar, inferir, evaluar objetivamente, reconocer patrones y resolver problemas, todo ello a través de la aplicación sistemática de los principios de la lógica y reglas inferenciales. Por lo demás, se ha considerado que los humanos, si bien tendríamos la capacidad potencial para alcanzar la

racionalidad, también estamos sujetos a emociones y deseos, los cuales podrían ser capaces de obstaculizar el pensamiento coherente si no se les gestiona adecuadamente.

Podemos hallar una referencia a dicha concepción ya en la obra de Platón. El filósofo, en un intento de caracterizar el alma humana, plantea la alegoría del carro alado (Fedro, 246a-b). Allí explica que el alma se podría representar como un carro conducido por un auriga y tirado por dos caballos alados, uno virtuoso y otro inmoral. El auriga representa la parte racional del alma, el caballo virtuoso correspondería a los deseos espirituales y las aspiraciones de buenas acciones, y el caballo inmoral representa la parte apetitiva que fomenta pasiones y deseos terrenales. Según lo plantea Platón, es la razón la que debe guiar al alma hacia la verdad y conducir los impulsos.

Otro filósofo que hace alusión a esta idea, como vimos con anterioridad, es Descartes. El autor plantea la noción de razón como una capacidad mental que se rige de manera independiente a las habilidades motoras y sus leyes mecánicas. La racionalidad sería la capacidad de manipular y estructurar las representaciones basándose en leyes formales. Así, afirma que es la lógica el centro y esencia de la racionalidad, y las matemáticas la representación ideal del pensamiento (Bächler, 2014, p. 55).

Posteriormente, a la luz de los avances en inteligencia artificial, parece haberse reforzado la idea de que la racionalidad es la capacidad de manipular información dictándose por los principios de la lógica, y que el rol del cuerpo en este proceso sería más bien el de un mero anclaje incidental. Tras esto, no es extraño que usualmente se piense que la razón y la emoción son facultades dicotómicas. Permanece difundida la creencia de que para tomar decisiones racionales hay que ignorar las emociones y pensar “fríamente”. También es usual que se crea que los mecanismos neurales que están detrás del pensamiento racional son distintos a los involucrados en la experimentación de emociones. Las emociones, en definitiva, se han considerado tradicionalmente como una alternativa no racional disponible para los agentes a la hora de guiar su conducta, y las cuales —sin la regulación correspondiente— podrían ser capaces de entorpecer el curso del pensamiento coherente y el comportamiento inteligente.

iii. Hipótesis del marcador somático

Durante las últimas décadas han proliferado las investigaciones acerca de las emociones y el rol que desempeñan en el pensamiento y la acción. El estudio realizado por Antonio Damasio es relevante en este contexto, pues corresponde a un aporte fundamental en la investigación de las emociones y los sistemas neurales que subyacen a ellas, tratando específicamente acerca de la relación de las emociones con la toma de decisiones y el comportamiento social. En su obra “El error de Descartes” (2013), Damasio plantea la idea de que “las emociones entran en la espiral de la razón, y podían ayudar en el proceso de razonamiento en vez de perturbarlo sin excepción” (p. 3). Como veremos, se elabora la idea de que las emociones sirven como una guía para tomar decisiones eficazmente y regular el comportamiento, por lo que sería un factor necesario para que un ser humano se desenvuelva en su ambiente de manera racional.

El autor desarrolla su hipótesis a la luz de las observaciones de diversos pacientes que presentaban daños en el lóbulo frontal, específicamente en la corteza prefrontal ventromedial. Estos pacientes, producto de las lesiones, desarrollaron importantes deficiencias en la capacidad de tomar decisiones involucradas en el ámbito personal y social. Los sujetos comenzaron a exhibir alteraciones en la personalidad, comportamientos torpes en sus relaciones socioafectivas, ineficiencia en la administración de sus bienes materiales, en la planificación de su futuro a corto, mediano y largo plazo, e incluso en situaciones en las que estaba en riesgo su propia supervivencia. Sin embargo, ninguno de ellos presentó —debido a estas lesiones— trastornos del lenguaje, alteraciones en la capacidad para reconocer patrones, daños en la capacidad de prestar atención, pérdida de memoria, o dificultades para realizar inferencias lógicas. Sus habilidades intelectuales no habían sido alteradas, pero ya no podían actuar como seres sociales efectivos.

De todos los casos que se tuvieron en consideración para la investigación, es el de Phineas Gage el más antiguo y paradigmático. Gage fue un capataz de construcción que sufrió un grave accidente en el año 1848. Había preparado las detonaciones para la construcción de la vía de un ferrocarril. En ese momento, se provocó una explosión de la pólvora, expeliendo una barra de hierro de alrededor un metro de longitud y tres centímetros

de diámetro. Esta barra “penetra por la mejilla izquierda de Gage, perfora la base del cráneo, atraviesa la parte frontal del mismo y sale a gran velocidad a través de la parte superior de la cabeza” (Damasio, 2013, p. 22). Lo impresionante es que Gage, además de sobrevivir a este brutal accidente, permaneció consciente en todo momento, capaz de caminar por su cuenta y hablando coherentemente. El doctor Harlow, uno de los médicos que atendió a Gage, describió que su recuperación física fue total, no tenía problemas en sus habilidades motoras, no presentó dificultades con el habla o el lenguaje, y no tenía daños en sus facultades sensoriales más que haber perdido la visión del ojo izquierdo. Sin embargo, afirmó que “el equilibrio o balance, por así decir, entre su facultad intelectual y sus propensiones animales se había destruido” (Damasio, 2013, p. 26). Debido a la lesión, Gage comenzó a tener una personalidad irreverente, grosera, impaciente y caprichosa, la cual contrastaba con su comportamiento usual antes del accidente, caracterizada por reflejar una mente equilibrada y hábitos moderados. Incapaz de responder en contextos sociales adecuadamente, Gage terminó perdiendo su trabajo, amistades y familia.

La región del cerebro dañada en estos casos, la zona prefrontal ventromedial, “es la única área prefrontal que posee densas conexiones recíprocas con la amígdala, una estructura relacionada de forma consistente con el aprendizaje emocional, la modulación emocional de la memoria y el reconocimiento de expresiones emocionales” (Contreras *et al*, 2008, p. 286). Los pacientes lesionados se vieron afectados en su capacidad de experimentar y regular respuestas emocionales. Tras observar que la desregulación emocional perturbó la capacidad de los individuos de realizar razonamientos eficientes en el ámbito social y tomar buenas decisiones, aún en ausencia de cualquier otro tipo de alteración intelectual, Damasio plantea la hipótesis del marcador somático.

La hipótesis del marcador somático sostiene que el mecanismo emocional cumple con la función de orientarnos en el proceso de toma de decisiones a través de la generación de respuestas afectivas que marcan ciertos aspectos de una situación u objeto, o determinadas consecuencias de posibles acciones (Damasio 2013, p. 4). Las emociones actuarían como marcadores que se manifiestan tanto como fuertes sensaciones viscerales como ligeras intuiciones. De este modo, un marcador somático negativo correspondería a una señal de alarma que se produce de manera automática ante un peligro potencial, produciendo así que

el individuo dirija su curso de acción hacia opciones que lo alejen del peligro. Por otra parte, un marcador somático positivo actuaría como guía de incentivo para potenciar los posibles beneficios.

Los estados somáticos no operan simplemente “como un marcador para el valor de lo que se representa, sino que también como un amplificador para la atención y la memoria funcional continuadas” (Damasio, 2013, p. 232). Estas respuestas anticipatorias corresponderían a un mecanismo eficaz para garantizar la sobrevivencia del organismo y la preservación de un equilibrio homeostático. Apelar a una razón teórica o pura —desligada de las pasiones— para tomar decisiones adecuadas es una estrategia que no podría funcionar. Los análisis y cálculos que debieran ser realizados para cada situación serían demasiados, produciendo que la decisión sea tomada en un tiempo excesivamente largo, o que en definitiva no se acabe tomando ninguna decisión. Por lo demás, la atención y la memoria tienen una capacidad limitada, por lo que las representaciones producidas en el curso de las inferencias lógicas se irían desvaneciendo antes de generar una respuesta. Por esto, tener un mecanismo que redirija la atención y memoria de forma instantánea y no deliberada, con la finalidad de evitar el dolor y buscar el placer potencial del organismo, resulta altamente ventajoso.

Damasio tiene el propósito de acentuar la idea de que las emociones desempeñan un rol fundamental en el proceso de razonamiento vinculado al ámbito personal y social. Contrario a la creencia tradicional, él afirma que sin la participación de las emociones, no puede haber comportamiento inteligente. Por supuesto, dependiendo de las circunstancias específicas y del individuo en cuestión, incluso con un normal mecanismo de las facultades emocionales, es posible que se tomen decisiones desfavorables. “Dejarse llevar por las emociones” no siempre es bueno. Esto está en plena coherencia con las afirmaciones de Damasio. Lo que enfatiza el autor es que cuando se eliminan todas las emociones, las consecuencias en el razonamiento y el comportamiento inteligente son incluso más desastrosas que cuando actuamos apresuradamente por impulsos emocionales. Así lo demostrarían los casos de sus pacientes, quienes debido a alternaciones e inhibiciones en sus emociones comenzaron a adoptar un comportamiento abiertamente irracional, generando consecuencias negativas en relación a su propio bienestar. Quienes sufrían lesiones en la

corteza prefrontal ventromedial en una etapa adulta de su vida, aun conociendo las normas sociales, eran incapaces de mantener un comportamiento social adecuado. Y más curiosamente, los casos de lesiones en edad infantil demostraron que las emociones eran necesarias para adquirir los conocimientos necesarios para un comportamiento social adecuado, pues aquellos niños ni siquiera habían logrado aprender las normas sociales (Damasio, 2013, p. 6). Por tanto, las emociones serían necesarias para que un organismo se comporte coherentemente.

En definitiva, el autor plantea que “la emoción, el sentimiento y la regulación biológica desempeñan su papel en la razón humana” (Damasio, 2013, p. 11). La razón dependería de diversos sistemas cerebrales que trabajan en varios niveles de organización neuronal, sin tener un único centro en el cerebro. Para la constitución de la razón, estarían involucrados centros cerebrales de alto nivel y bajo nivel, desde las cortezas prefrontales al hipotálamo y al tallo cerebral. Según afirma, los niveles bajos del mecanismo neuronal coinciden con los encargados de la regulación en el procesamiento de emociones y sentimientos. Al mismo tiempo, estos niveles inferiores establecerían relaciones directas y recíprocas con todos los órganos corporales, situando de este modo al cuerpo dentro de la red operacional que genera el razonamiento de alto nivel, la toma de decisiones y el comportamiento social. Las operaciones mentales más refinadas estarían sujetas a un mecanismo que involucra indisociablemente la estructura y funcionamiento de un organismo biológico en su totalidad —considerando cuerpo y cerebro como una unidad—, junto con sus respectivas conmociones emocionales, juicios morales y sensaciones viscerales (Damasio, 2013, p. 286).

iv. Conclusión

En este capítulo se esbozó el modo en que se ha tratado la relación mantenida entre emociones y racionalidad. Como se mencionó, tradicionalmente se ha considerado que el ser humano es poseedor de la distintiva facultad de la razón. La racionalidad, en este sentido, se ha comprendido como la manipulación sistemática de información regida por las leyes de la lógica. La razón se posiciona así de modo antagónico ante la emoción. Las respuestas

emocionales figuran como reacciones bestiales que, sin el control adecuado del razonamiento, podrían obstaculizar el pensamiento coherente y el comportamiento inteligente.

Ante tal concepción, Damasio reconceptualiza la noción de racionalidad y la influencia que las emociones tienen en ella. Mediante el desarrollo de la hipótesis del marcador somático, el autor sostiene que las emociones juegan un rol fundamental en el proceso de toma de decisiones y el comportamiento inteligente. Según esta hipótesis, las emociones actúan como marcadores viscerales que guían nuestra atención y memoria hacia aspectos relevantes de una situación o consecuencias de posibles acciones. Así, los marcadores servirían como calificadores del estado corporal interno del organismo y el contexto ambiental externo, orientándonos con eficacia y rapidez hacia opciones que nos alejan del peligro o nos acercan a posibles beneficios. Las emociones permitirían que los organismos reaccionen inteligentemente sin la necesidad de realizar antes un intrincado análisis consciente de la situación.

A través del estudio de pacientes que presentaban lesiones en la corteza prefrontal ventromedial —quienes no poseían alternaciones intelectuales—, Damasio observa que la desregulación emocional perturba la capacidad de tomar decisiones y actuar de manera socialmente efectiva. Así intenta respaldar la idea de que las emociones no son obstáculos para la racionalidad, sino que —contrariamente— son esenciales para que los organismos se comporten inteligentemente en virtud de su bienestar.

CONCLUSIONES

A lo largo de la presente tesis se abordaron distintas discusiones, todas ellas referidas al propósito de esbozar en líneas generales cómo han sido caracterizadas las emociones en la historia de la filosofía y, más recientemente, en la ciencia cognitiva. A continuación, con el fin de sintetizar las ideas planteadas, se hará un recuento de las conclusiones que surgieron de cada uno de los capítulos anteriores.

En el primer capítulo, se abordó la pregunta acerca de la naturaleza de las emociones. Tras esta incógnita, surgieron dos grandes corrientes: la corriente perceptiva y la corriente cognitiva. El enfoque perceptivo insiste en que una adecuada caracterización de las emociones debe apuntar a que ellas son esencialmente sensaciones de cambios corporales, los cuales surgen tras la exposición ante determinados estímulos. En su versión más fuerte, el enfoque perceptivo sostiene que estos cambios corporales serían condición necesaria y suficiente para la generación de emociones, sin necesitar en lo absoluto de un procesamiento cognitivo previo. Por otro lado, el enfoque cognitivo defiende la idea de que las emociones involucran necesariamente valoraciones cognitivas. Allí se enfatiza que las emociones poseen un carácter activo, aunque no deliberado ni consciente. Las emociones reflejarían la evaluación e interpretación que realiza un sujeto acerca de situaciones y eventos en consideración de su bienestar.

Luego de que se hayan expuesto aquellas dos grandes corrientes, se realizaron dos clases de análisis de la discusión, la primera de índole conceptual y la segunda más bien arraigada al fundamento biológico de la experiencia emocional. El primer análisis se dirigía a abordar en qué medida el debate podría fundarse en un malentendido conceptual, el cual habría dado paso a falsas dicotomías. Se concluyó en aquella sección que la deflación de ‘cognición’ hacia un significado que abarque tipos de procesamientos más rudimentarios, y la ampliación de ‘percepción’ a un significado que enfatice su carácter interpretativo y activo, podría satisfacer las intuiciones generales de ambos enfoques. Sin embargo, esta alternativa provocaría el problema de que los límites entre ambos términos se volverían difusos, y ambos tipos de procesamiento no podrían ser distinguidos con claridad. Para el segundo tipo de análisis, se expusieron las ideas de LeDoux y Damasio con la finalidad de ejemplificar de

qué modo es posible plantear alternativas híbridas acerca de este debate. La teoría de las dos vías de LeDoux podría complacer las inquietudes de los pensadores de ambas corrientes, al menos en términos generales. La vía baja representaría las exigencias de la corriente perceptiva, en donde se aboga por la idea de que las emociones son reacciones corporales instantáneas que no recurren a procesamientos de información complejos. Mientras que, por otro lado, la vía alta representaría las exigencias de la corriente cognitiva, la cual sostiene que las emociones implican operaciones mentales valorativas. Esta propuesta podría mostrar que ambos sistemas de procesamiento no son excluyentes, sino que son necesariamente complementarios para dar lugar a la complejidad del fenómeno emocional. Por otra parte, la caracterización ofrecida por Damasio también otorga una vía híbrida. Como se revisó, Damasio propone que existen las emociones primarias, las cuales serían reacciones automáticas que funcionan ya rudimentariamente en las primeras etapas de la vida de un ser humano. Esta clase de emociones corresponde a la noción que albergaba William James, por lo que se estarían satisfaciendo las intuiciones del enfoque perceptivo. Ahora bien, Damasio también sostiene la existencia de emociones secundarias, las cuales incluyen la participación de la corteza prefrontal y somatosensorial. Aquí se involucra necesariamente el factor valorativo de la cognición, por lo que se abarcarían también las exigencias de la corriente cognitiva.

En el segundo capítulo se abordó el problema acerca de la interacción entre cuerpo y mente, y cuál sería su relación con el estudio de las emociones. En primer lugar, se expusieron los principales postulados del cognitivismo clásico, el paradigma más influyente en ciencia cognitiva. Según el cognitivismo, la cognición consiste en la manipulación de representaciones simbólicas basada en reglas. Corresponde a un intento materialista no reduccionista de explicar el fenómeno de lo mental. Sin embargo, se le ha criticado que aún permanece permeado por la herencia dualista cartesiana, la cual plantea una separación sustancial entre mente y cuerpo.

Se planteó que existe un paralelismo entre la dificultad albergada en el cognitivismo para explicar de qué manera las expresiones simbólicas obtienen su contenido semántico, y el problema al que se enfrentó Descartes para explicar cómo interactúan mente y cuerpo. Se concluye que sin una adecuada explicación naturalizada acerca de la semántica, se podría

entender que el cognitivismo apela por la existencia de dos clases de propiedades sustancialmente distintas —sintaxis en un nivel físico e intencionalidad en un nivel psíquico—, las cuales interactúan entre sí misteriosamente. Además, se expuso que la noción de racionalidad autónoma y la falta de atención hacia el estudio de las emociones en los comienzos del cognitivismo también reflejarían la influencia cartesiana. También se mostró que la influencia del dualismo aparece en la misma caracterización de las emociones. El modo en que el debate sobre la naturaleza de las emociones se ha articulado, creando una dicotomía entre una corriente perceptiva (enfocada en el cuerpo) y una corriente cognitiva (enfocada en las valoraciones mentales), refleja de algún modo la dicotomía entre *res extensa* y *res cogitans*.

En el último apartado del segundo capítulo se presentó una alternativa enactivista que pretende superar el dualismo de Descartes. Sus defensores plantean que la cognición no debe comprenderse como la recuperación o proyección de un mundo predefinido, sino que corresponde a acción corporizada. El organismo, más que representar un mundo, lo promulgaría mediante la interacción que tiene con su ambiente. Así, el organismo se considera un todo unificado e inseparable, el cual por medio de la constante interacción recíproca entre mundo, cuerpo y cerebro va generando significado y experiencia. Ahora bien, resulta necesario evaluar en qué medida la crítica que ofrecen los enactivistas es pertinente y efectivamente fecunda para el desarrollo de la investigación en ciencia cognitiva.

En el tercer capítulo se trata el modo en que se ha establecido la relación entre emociones y racionalidad. Tradicionalmente el ser humano se ha considerado poseedor de la distintiva facultad de la razón. En tal sentido, la racionalidad se entiende como la manipulación sistemática de información regida por las leyes de la lógica. La relación entre emociones y racionalidad se define así como antagónica. De este modo, las respuestas emocionales figuran como reacciones que podrían obstaculizar el pensamiento coherente y el comportamiento inteligente sin el adecuado control del razonamiento.

Se revisó la reconceptualización que otorga Damasio sobre la noción de racionalidad y la influencia que las emociones tienen en ella. El autor, mediante la hipótesis del marcador somático, busca defender la idea de que las emociones juegan un rol fundamental en el proceso de toma de decisiones y el comportamiento inteligente. Según esta hipótesis, las

emociones actuarían como marcadores sobre el cuerpo, los cuales guían nuestra atención y memoria hacia aspectos relevantes de una situación o hacia las consecuencias de posibles acciones. Los marcadores funcionarían como calificadores del estado corporal del organismo y del contexto ambiental externo, orientándonos con eficacia y rapidez hacia opciones que nos alejen del peligro o nos acerquen a posibles beneficios. Las emociones corresponderían a un mecanismo que permite a los organismos reaccionar de modo coherente sin la necesidad de realizar previamente un intrincado análisis consciente de la situación.

Damasio respalda sus afirmaciones en los estudios que realizó en pacientes que presentaban lesiones en la corteza prefrontal ventromedial. Estos pacientes no poseían alteraciones intelectuales de ningún tipo debido a la lesión. Sin embargo, se observó que los daños en esta región del cerebro provocaron una desregulación emocional, la cual perturbó en la capacidad de tomar decisiones y actuar de manera socialmente efectiva. De este modo, Damasio sostiene que las emociones no son, como se creía, obstáculos para la racionalidad, sino que son esenciales para que los organismos se comporten inteligentemente en virtud de su bienestar.

En lo que respecta a las limitaciones de esta tesis, es necesario señalar que las exposiciones de las posturas y discusiones, dado los propósitos, fueron sumamente simplificadas. La profundidad de las ideas postuladas por los pensadores mencionados no logra ser rescatada y, por ende, se podría caer en malinterpretaciones. Por ejemplo, al mencionarse la caracterización del alma tripartita de Platón, se plantea que la alegoría del carro alado muestra la idea de que las emociones deben ser guiadas por la racionalidad. Ahora bien, respecto a esa misma postura, podría insistirse en que Platón posiciona a las emociones como un elemento necesario para el correcto funcionamiento de las facultades mentales. Pues, Platón menciona que son las tres partes constitutivas y necesarias para el alma como un todo. Por lo demás, cabe señalar que una de las partes del alma, la parte irascible, vendría a abarcar aquellos aspectos relacionados a la moralidad y los sentimientos justos, tales como el enojo provocado por buenos motivos. Si se tiene esto en consideración, no sería correcto afirmar que Platón consideraba a todas las emociones como reacciones salvajes que entorpecen las facultades mentales. Creo que con un exhaustivo y solidario examen podría incluso defenderse la idea de que las intuiciones que tenían Platón y, por ejemplo, Damasio

no son muy diferentes. Lo mismo creo que vale para todos los pensadores mencionados a lo largo de la tesis. Esta aclaración, además de corresponder a una advertencia acerca de las limitaciones, podría servir como un planteamiento para posibles líneas de investigación que se proyectan a partir de este trabajo.

Por lo demás, otra línea de investigación que resultaría interesante desarrollar es abordar de qué manera la propuesta de Damasio acerca de los marcadores somáticos se podría incorporar al punto de vista cognitivista y enactivo. Cabría evaluar en qué medida su propuesta es o no compatible con ambos enfoques. Creo que, solo a modo de intuición, la idea de que las emociones resultan esenciales para el comportamiento inteligente y el proceso de toma de decisiones coherente es compatible con los marcos teóricos de ambos enfoques. Considérese la propuesta de Thagard (2008) que intenta abordar las emociones desde un enfoque representacional. Allí tiene en consideración los aportes de Damasio y asume que las emociones, vinculadas a las estructuras mentales tradicionales (proposiciones, conceptos, reglas, etcétera), crean un modo eficiente de guiar la acción (p. 249). También considérese, en relación a la propuesta enactivista, que Damasio (2013) sostiene algunas afirmaciones que parecen, al menos en apariencia, sumamente similares a los postulados enactivistas:

El cerebro humano y el resto del cuerpo constituyen un organismo indisociable, integrado mediante circuitos reguladores bioquímicos y neurales mutuamente interactivos. El organismo interactúa con el ambiente como un conjunto: la interacción no es nunca del cuerpo por sí solo ni del cerebro por sí solo. Las operaciones fisiológicas que podemos denominar mente derivan del conjunto estructural y funcional y no sólo del cerebro: los fenómenos mentales sólo pueden comprenderse cabalmente en el contexto de la interacción de un organismo con su ambiente. El hecho de que el ambiente sea, en parte, el producto de la propia actividad del organismo, no hace más que subrayar la complejidad de las interacciones.⁵ (p. 15)

También es posible ver en el planteamiento enactivista que realiza Melamed (2021) una mención a la teoría de los marcadores somáticos. Allí señala que esto sería un ejemplo

⁵ Énfasis a través de la cursiva colocado por mí.

de cómo es el cuerpo por sí mismo el que reacciona ante determinadas señales y se vale de determinados recursos (p. 52).

No resulta obvia la efectiva compatibilidad entre las diversas propuestas revisadas en esta tesis. Por esto, sería interesante investigar al respecto rescatando la complejidad de cada una de aquellas propuestas. Incluso podría indagarse, como se hizo de manera muy breve en el primer capítulo, si acaso todo el debate sobre la naturaleza de las emociones y la cognición podría reducirse, en última instancia, a un mero malentendido conceptual. Y si acaso estas teorías no son excluyentes entre sí, sino que —con la respectiva modificación de términos— resultarían ser posturas que enfatizan en distintas perspectivas compatibles acerca del mismo fenómeno.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arnold, M. (1960). *Emotion and Personality*. Columbia University Press.
- Bächler, R. (2014). El cognitivismo y la negación de la mente: influencia del dualismo cartesiano. *Panorama*, 8 (14), pp. 47-58.
- Colombetti, G. y Thompson, E. (2007). The Feeling Body: Towards an Enactive Approach to Emotion. En W. Overton, U. Müller y J. Newman (Eds.), *Developmental Perspectives on Embodiment and Consciousness* (pp. 45-68). Lawrence Erlbaum.
- Colombetti, G. (2014). *The Feeling Body: Affective Science Meets the Enactive Mind*. The MIT Press.
- Contreras, D., Catena, A., Cándido, A., Perales, J. y Maldonado, A. (2008). Funciones de la corteza prefrontal ventromedial en la toma de decisiones emocionales. *International Journal of Clinical and Health Psychology*, 8 (1), pp. 285-313.
- Damasio, A. (2013). *El error de Descartes: La emoción, la razón y el cerebro humano* (Trad. J. Ros). Editorial Crítica.
- Descartes, R. (1991). *El tratado del hombre* (Trad. G. Quintas). Alianza.
- Ekman, P. (1977). Biological and Cultural Contributions to Body and Facial Movement. En J. Blacking (Ed.), *The Anthropology of the Body* (pp. 39-84). Academia Press.
- Gardner, H. (1995). *La nueva ciencia de la mente. Historia de la revolución cognitiva* (Trad. L. Wolfson). Paidós.
- Hacker, P. (2009). The Conceptual Framework for the Investigation of Emotions. En Gustafsson, Y., Kronqvist, C. y McEachrane, M. (Eds.), *Emotions and Understanding: Wittgensteinian Perspectives* (pp. 43-59). Palgrave Macmillan.
- Hanson, N. (1977). *Patrones de descubrimiento. Observación y explicación* (Trad. E. García Camarero). Alianza.
- James, W. (1884). What is an Emotion? *Mind*, 9 (34), pp. 188-205.

- Lazarus, R. (1982). Thoughts on the relations between emotion and cognition. *American Psychologist*, 37 (9), pp. 1019-1024.
- Lazarus, R. (1984). On the Primacy of Cognition. *American Psychologist*, 39 (2), pp. 124-129.
- Lazarus, R. (1991). *Emotion and adaptation*. Oxford University Press.
- Lazarus, R. (1999). The Cognition-Emotion Debate: A bit of History. En T. Dalgleish & M. Power (Eds.), *Handbook of Cognition and Emotion* (pp. 3-19). John Wiley & Sons.
- LeDoux, J. (1994). Emotion, Memory and the Brain. *Scientific American*, 270 (6), pp. 50-57.
- Melamed, A. (2016). Las teorías de las emociones y su relación con la cognición: Un análisis desde la Filosofía de la Mente. *Cuadernos de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales*, 49 (1), pp. 13-38.
- Melamed, A. (2017). *Un análisis filosófico de las emociones en las ciencias de la mente: ¿Dónde viven los monstruos?* [Tesis de Doctorado, Universidad de Buenos Aires]. <http://repositorio.filo.uba.ar/handle/filodigital/6077>
- Melamed, A. (2021). Enactivismo y emoción: una salida a la encrucijada cognitivista. *Metatheoria*, 12 (1), pp. 45-57.
- Milone, R. (2010). Carga teórica de la observación: perspectiva filosófica de Norwood Russell Hanson. En R. de Andrade, L. Lewowicz, J. Mesquita, C. Celestino y L. Al-Chueyr (Eds.), *Filosofia e História da Ciência no Cone Sul: Seleção de Trabalhos do 6º Encontro* (pp. 518-525). AFHIC.
- Platón. (1988). *Diálogos III: Fedón, Banquete, Fedro* (Trad. C. García, M. Martínez y E. Lledó). Gredos.
- Rodríguez, C. (1998). Emoción y Cognición: James, más de cien años después. *Anuario de Psicología/The UB Journal of Psychology*, 29 (3), pp. 3-23.
- Solomon, R. (1973). Emotions and Choice. *Review of Metaphysics*, 27 (1), pp. 20-41.
- Solomon, R. (1976). *The Passions: The Myth and Nature of Human Emotion*. Doubleday.

- Thagard, P. (2008). Las emociones. En P. Thagard, *La mente: Introducción a las ciencias cognitivas* (pp. 245-264). Katz editores.
- Varela, F. (1990). *Conocer. Las ciencias cognitivas: tendencias y perspectivas. Cartografía de las ideas actuales*. Gedisa editorial.
- Varela, F., Thompson, E. y Rosch, E. (1991). *The Embodied Mind: Cognitive Science and Human Experience*. The MIT Press.
- Wozniak, R. (1992). *Mind and body: Rene Descartes to William James*. National Library of Medicine y American Psychological Association.
- Zajonc, R. (1980). Feeling and thinking: Preferences need no inferences. *American Psychologist*, 35 (2), 151-175.
- Zajonc, R. (1984). On the primacy of affect. *American Psychologist*, 39 (2), 117-123.